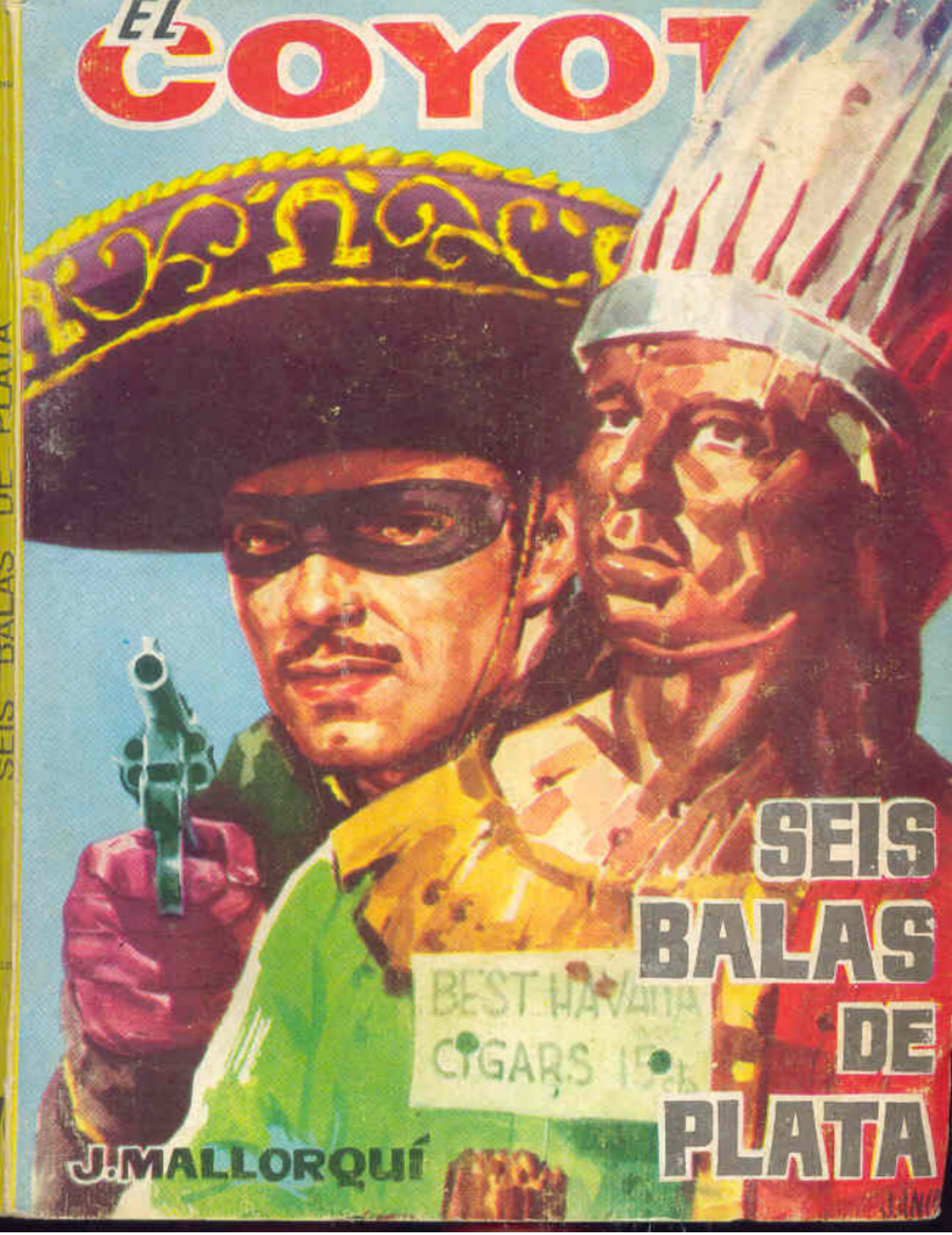
EL COYOTE
SEIS BALAS DE PLATA
BEST HAVANA CIGARS
J. MALLORQUÍ

SEIS BALAS DE PLATA

Por José Mallorqui

CAPITULO PRIMERO

PULSERA DE PLATA

Manuel del Socorro Rodríguez tardó relativamente poco en ver de nuevo al «Coyote». En realidad, apenas le vio, pues en aquellos instantes se hallaba medio desvanecido; pero supo que debía su vida al enmascarado.

Antes de que le volviera a ver, los acontecimientos se precipitaron: en veinte días todo cambió en la vida del joven. Pocos hombres han vivido más en tan poco tiempo.

Al salir de su cuarto el enmascarado, Manuel sumióse en profundos pensamientos.

Manuel quería pesar bien el pro y el contra de sus decisiones. Poseía treinta y tres mil dólares. En aquel tiempo, semejante cantidad constituía una fortuna. ¿Cómo justificaría su procedencia ante los que le conocían bien? ¿Podía decir que era un regalo del «Coyote»? De hacerlo, la Justicia le quitaría el dinero, que, al fin y al cabo, era producto de un robo, aunque en toda ley le perteneciese. Incluso era posible que se le acusara de complicidad con el «Coyote», en cuyo caso las consecuencias serían más graves.

Debía marcharse de San Juan de Río Negro. Era lo prudente. En San Francisco podría emprender cualquiera de los múltiples negocios que florecían en aquella ciudad cuyo vertiginoso desarrollo se parecía al de los hongos. Familias que se dedicaban a hacer pasteles de manzana ganaban dinero a espuertas. Por alquilar un cuartito con una cama, se podían conseguir tres o cuatro dólares diarios. Comprando ron en Méjico y vendiéndolo en San Francisco se multiplicaba por diez el capital invertido. Las oportunidades eran múltiples. La gente llegaba a San Francisco atraída por el oro, y una vez en la ciudad tenía que vivir. Como nadie pensaba en más negocio que el de buscar oro en los campos mineros, despreciábanse los otros y más cómodos sistemas de ganar dinero. Luego debía contarse con que los

afortunados mineros que regresaban cargados de pepitas y polvo aurífero deseaban disfrutar de su fortuna y encontrábanse con que resultaba más fácil ganarla que gastarla, como no fuese en borracheras o en las mesas de juego... San Francisco era, pues, un ideal refugio.

¿Iría solo? No. Un hombre no puede construir nada sólido sin la ayuda de una mujer. Manuel lo estaba comprendiendo cada vez mejor. En su vida había dos mujeres. Por una de ellas estaba seguro de ser amado. Del cariño de la otra no estaba tan seguro. Por eso sentíase más atraído por Martha Ladoux que por Consola Vázquez, de cuyo amor tenía tantas pruebas.

El «Coyote» le acababa de aconsejar que se casase con ella. Consola era bonita; pero no tanto como Martha. Esta era la más hermosa de aquella parte de California. Y ahora Martha empezaba a demostrar que el joven no le era indiferente.

Poco a poco la idea de seguir el consejo del enmascarado se fue apagando. La imagen de Consola se borró de su mente y la de Martha cobró intensidad cada vez mayor.

La cita con ella era para el día siguiente; pero en unas horas las cosas habían cambiado tanto, que, de ser un hombre que no podía pagarse un vaso de *whisky*, pasó a estar en condiciones de obsequiar a la misma que por la tarde le quiso hacerla limosna de un trago de licor.

Decidió ir a verla aprovechando la hora en que el «Póker de Calaveras» estaba vacío de clientes. A las once, después de cenar, los habituales del bar volverían a él y entonces resultaría imposible hablar diez segundos seguidos con Martha.

Salió de su casa y antes de ir a la taberna pasó por la joyería de su amigo Elías Baum. A Martha le encantaban las pulseras de plata labradas por los indios: Sus muñecas y brazos eran capaces de soportar una cantidad ilimitada de pulseras, pero, sin que Manuel se lo supiese explicar, la joven prefería las de plata, profesando una extraña repulsión hacia el oro.

Elías Baum exponía en el escaparate de su tienda un gran número de joyas indígenas. Compraba cuantas traían al pueblo los indios de los poblados e, incluso, importaba objetos de aplata del Perú, Chile y Méjico.

—¿Para un regalo a una mujer? —preguntó cuando Manuel tras lo saludos de rigor, le dijo los que deseaba—. ¡Oh! Para una hermosa

mujer tengo la más linda pulsera de plata que se ha visto en California —Dudó un momento—Es cara. Muy cara, teniendo en cuenta que sólo es de plata; pero aunque fuera de oro no valdría más, porque lo importante en ella no es el metal de que está hecha, sino su historia y el trabajo del platero que la cinceló. Me gustaría que ese brazalete adornase, por fin, un brazo femenino. Quizá así terminase el... pero mira, mira.

Sacó un estuche y mostró su contenido a Manuel —Era una pulsera formada por siete extraños animales de largo cuello y cuerpo desproporcionado. Parecían camellos mal hechos.

—Son llamas —explicó Baum—. Unos animales que se utilizan en el Perú y en otros sitios de América del Sur. Fíjate en lo perfecto de esta labor. Tan pequeños y, sin embargo, no les falta un solo detalle. Y fíjate también en las serpientes que forman los eslabones que unen entre sí las llamas, y en los ojos de las llamas y de las serpientes. Son pequeñísimos rubíes. Míralos a la luz.

Elías acercó la pulsera a la lámpara de encima del mostrador. Cada animal tenía por ojos dos rubíes que brillaban como sangre recién derramada. El centelleo de la luz en aquellas pupilas transmitía una extraña vida a las serpientes y llamas.

—¿Qué vale? —preguntó Manuel, imaginando el placer que iba a sentir Martha cuando recibiese aquel obsequio.

Baum volvió a dudar. Por fin contestó:

—Mil doscientos dólares. Ya sé que es mucho, pues la cantidad de plata es muy reducida y aunque los rubíes son caros y es muy difícil encontrar piedras tan pequeñas y tan idénticas, por sí solos no justificarían tan elevado precio. Lo que da verdadero valor a esta joya, más aún que el maravilloso trabajo del artífice que la hizo, es su leyenda.

—No importa el precio. La pulsera me gusta y me quedo con ella.

Antes de entregar la pulsera a Manuel, Baum advirtió:

—Si eres supersticioso te aconsejo que no la compres.

—¿Por qué?

—Si quieres te contaré su historia o... —Baum sonrió como si no tuviera mucha fe en lo que decía— Su historia o su leyenda —siguió

—. Creo que su primer dueño blanco fue un conquistador español. Se llamaba Almagro y la encontró en Chile. Le advirtieron que si alguna vez observaba un cambio de color en los ojos de las serpientes, debía tirar la pulsera o dársela a su mayor enemigo, pues la transformación presagiaba desgracia. Dicen que un día, al volver Almagro de Chile, los rubíes cambiaron de color y él no hizo caso. Al poco tiempo murió decapitado. La pulsera fue a parar a manos de un hermano de Pizarro, que también era un conquistador...

—Sí, ya sé —interrumpió Manuel.

—Entonces estarás enterado de que aquel conquistador también fue decapitado. La joya pasó por varias manos en poco tiempo y al fin alguien la regaló a Valdivia, el conquistador de Chile. Este la conservó como recuerdo de los que fueron sus amigos y enemigos. Pocos días antes de que Valdivia muriese a manos de los araucanos, los rubíes cambiaron de color. Un jefe araucano se apoderó de la pulsera. Años después aquel araucano fue capturado por los españoles. Alguno recordaba la joya como propiedad de Valdivia, lo cual demostraba que el araucano era uno de los que le mataron. El araucano confesó, altivamente, su participación en la batalla en que murió Valdivia y por eso, y supongo que por otras causas, fue ejecutado.

—¿De veras? —preguntó, escéptico, Manuel.

—Ya te he dicho que puede ser una leyenda. Se guardó durante muchísimo tiempo en el palacio virreinal de Chile y cuando la guerra de la independencia chilena desapareció. Algún soldado debió de robar la pulsera, y Bernardo O'Higgins, el caudillo de la revolución la descubrió un día. Se la quitó al soldado para devolverla a su lugar de procedencia; pero cuando mejor le iban las cosas, los ojos de las serpientes cambiaron de color y O'Higgins fue derrotado en Rancagua y tuvo que huir a la Argentina. Por fortuna tiró la pulsera antes de que fuese demasiado tarde. A esto debió el salir con vida de Rancagua. Su vencedor encontró la pulsera, la guardó y, más tarde, fue derrotado por el mismo O'Higgins. Dicen que la culpa la tuvo esta joya. Tres personas más la poseyeron luego y ninguna gozó de buena suerte. Un emigrante chileno la trajo a San Francisco. A los pocos días se produjo el lamentable incidente de la matanza de los chinos y chilenos de San Francisco [1]. El último dueño de la pulsera fue muerto a cuchilladas y fue entonces cuando yo adquirí esta joya, de cuya historia me habían enterado otros joyeros que no quisieron comprarla por miedo a las consecuencias.

—No soy supersticioso —rió Manuel—. No creo en el maleficio de

una alhaja tan hermosa y original.

—En tal caso, quédatela y harás, si puedes... —recalcó estas dos últimas palabras—un regalo magnífico. Además..., ¿quién aseguraría que Almagro, Pizarro y Valdivia muriesen por culpa de unos rubíes? Eran tiempos difíciles en que para morir en el cadálso o co-sido a flechas no se necesitaba ningún maleficio. El chileno de San Francisco no fue el único en morir asesinado. Muchos más acabaron como él, sin tener esta pulsera. Los rubíes no eran muy conocidos en América, y menos en los tiempos de la conquista. Estos parecen proceder de la India. Claro que pueden ser del Brasil y haber llegado al Perú muchos años antes de que los españoles descubriesen América.

—Aunque no lo considero un sistema aconsejable, también podría ser que usted hubiera inventado cuanto acaba de explicarme para darle más valor a una joya que en sí tiene muy poco —observó Manuel, sonriendo.

—Es posible —admitió Baum—. No parece natural que una pulsera haya estado siempre en poder de hombres. No creo que el conquistador Almagro la llevara en la muñeca. Los españoles no son aficionados a lucir joyas femeninas. Ninguno de los que se dice que fueron sus poseedores tenía nada de afeminado; pero la última parte de la historia afirma que hasta ahora ninguno de sus dueños ha podido conseguir que una mujer la aceptase. Es curioso, ¿verdad?

—Sí. Sería curioso si fuese cierto. Pero yo lo comprobaré en seguida. Mañana por la mañana vendré a decirle que esta pulsera adorna la muñeca de la más hermosa mujer de California,

—Eso demostraría que la leyenda es falsa o que el hechizo ha sido, al fin, anulado. También se dice que el mal poder de la pulsera cesará el día en que una mujer la posea.

—¿Por qué me ha dicho que ese brazalete da mala suerte? No es lógico en un comerciante, por muy amigo que sea, hacer semejante propaganda de sus géneros. Tanto si cree en el peligro de comprar esta pulsera como si no, el sistema es malo. Aunque con su historia justifique el alto precio de la mercancía, si me asusta, no la compro. Y si no vende esa alhaja se expone a ser víctima de ella. Usted mismo ha confesado que otros joyeros no quisieron comprarla. Debiera usted venderla sin advertir al comprador, fuese éste quien fuese.

—Eso no, muchacho. Si la historia es real y tú fueras víctima del maleficio, yo, al saberlo, me sentiría culpable de tu desgracia.

—¿Prefiere que la desgracia caiga sobre usted?

—Tampoco. Lo que yo menos deseo es sufrir un accidente. Pero aunque desde hace muchos siglos se reconoce que ciertas piedras preciosas llevan unido a ellas un hechizo pernicioso, sus consecuencias, como se ha probado, sólo son fatales para los dueños, los propietarios, los amos, de dichas piedras.

—¿Y no es usted dueño, amo o propietario de esa pulsera?

—No —sonrió Baum—. Yo soy un simple intermediario. El vendedor nunca es dueño de sus géneros, puesto que su deseo no es el de conservarlos, sino el de venderlos, o sea el de librarse de ellos ganando dinero en la operación. Si tú compras un caballo para montar en él, no lo haces pensando en revenderlo; luego tú quieres ser propietario de ese caballo. En cambio, si compras un potro para venderlo, nunca te considerarás disfrutador del animal, sino propietario interino. Como yo no deseo ser dueño de la pulsera, ésta nada tiene que ver conmigo. No me causará daño. O sea que yo no tengo interés en desprenderme de ella por miedo. Sé que no me perjudicará mientras la tenga en venta. Es a ti o a cualquier otro cliente mío a quien puede perjudicarle. Y por eso te aviso.

—Y como yo la compro para obsequiar a una mujer, no será a mí, sino a ella a quien hará daño, ¿no?

—Ya te he dicho que ninguna mujer ha podido ser dueña de esta pulsera. Parece que odia a las mujeres y que antes de llegar a ellas hace daño al hombre que la tiene. A pesar de todo, insisto en que tal vez se trate de una fantasía sin fundamento.

—¿Ninguna mujer ha demostrado interés por adquirirla? ¿No la ha enseñado usted a alguna de sus clientes?

—Ya sabes que son pocas las mujeres que pueden adquirir estas cosas. Por regla general se las regalan sus maridos, sus novios o sus amantes. Sólo conozco a dos que se compran sus alhajas. A una de ellas no le gustó. A la otra sí; pero no tenía suficiente dinero. Dijo que algún día vendría por ella. Es la señorita Ladoux. Le he vendido muchas pulseras parecidas, aunque sin historia.

—Entonces ya no vacilo más. Démela.

—¿Acaso se la destinas a la señorita Ladoux? —preguntó Baum.

—Tal vez.

—¡Oh, no temas! Los joyeros somos discretos. ¡Sabemos tantas cosas! Gente que parece disfrutar de buena posición económica y que, sin embargo, nos va vendiendo sus tesoros. No, no. Nunca revelamos los secretos de nuestros clientes. Te aseguro que la señorita Ladoux estará muy contenta. A ella más bien pareció gustarle la historia del brazalete.

Manuel entregó el dinero a su amigo, que se dispuso a envolver el estuche, después de guardar en él la pulsera.

—Un momento —pidió el joven—. Quiero verla otra vez.

Abrió la cajita y se acercó de nuevo a la lámpara. La luz hizo relucir los rubíes, más, de pronto, su brillo se fue apagando y, al reavivarse, adquirió un tinte violado.

—¿Qué les sucede a estas piedras? —preguntó Manuel, palideciendo.

—¿En? ¿Qué dices? —tartamudeó el joyero, acercándose.

Miró un instante la pulsera.

—No veo nada anormal —dijo.

—Las piedras se han oscurecido —explicó Manuel—, En vez de rojas parecen, violetas,

Elías también palideció.

—Yo las sigo viendo rojas, muchacho —dijo en voz baja—. Si tú las ves de otro color, tira la pulsera. No desprecies el consejo.

—Si usted no advierte ningún cambio en los rubíes, debe de ser un efecto de la luz o que algo en mis ojos no marcha bien.

Manuel del Socorro movió de nuevo la pulsera a fin de que el resplandor de la lámpara corriese por encima de los rubíes.

Como si hubiese agitado el agua de un charco, las piedrecitas preciosas empezaron a cambiar nuevamente de color. El tinte rojo sangre comenzó a ascender del fondo mientras la superficie violada iba perdiendo este tono, pasando primero al lila y, por fin, al rojo intenso.

—Debía de ser la luz -dijo-. Ya las veo rojas otra vez.

—Debieras destruir esa joya —murmuró Baum, inquieto.

—Es demasiado hermosa para destruirla—contestó Manuel del Socorro—. Adiós, amigo mío. Muy agradecido por la pulsera y por haberme obsequiado con una historia tan entretenida. Mañana le anunciaré que mi adquisición ya está en manos de una mujer.

CAPITULO II

MALEFICIO

Manuel del Socorro cruzó las entonces desiertas calles del pueblo y, con ligero paso, encaminóse al «Póker de Calaveras». Quería sentirse alegré, mas no podía olvidar el incidente del cambio de color en los rubíes de la pulsera. Del rojo al violado existe una gran diferencia, y le costaba trabajo creer en su propia explicación de un cambio de color originado por la luz,

— ¡Supersticiones! —dijo en voz alta,

No deseaba creer en ellas; pero al mismo tiempo tampoco podía dejar de tenerles cierto respeto. Además había visto con sus ojos cómo unos rubíes se transformaban para luego recobrar su primitivo aspecto.

—Destruir la pulsera sería una locura —se dijo, contestando a su pensamiento.

Ya estaba a la vista del «Póker de Calaveras», sobre cuya tétrica muestra daba ahora la luz de un farol dé petróleo.

Sin saber a qué impulso obedecía, Manuel comenzó a caminar de puntillas, procurando no hacer ruido. Las batientes medias puertas del bar gemían agudamente cada vez que se abrían y cerraban. Por eso el joven pasó por debajo de ellas.

En el local no se veía a nadie. Ya se habían ido los bebedores de la tarde y aún no habían llegado los nocturnos. Manuel supuso que Martha estaba en la cocina, a la cual se llegaba por una puerta situada junto al extremo opuesto del mostrador. El ludir de las puertas advertía sobradamente la llegada de cualquier cliente y no era, por tanto, necesario que la joven pasara el tiempo en la sala.

Cuando Manuel llegaba a mitad de camino entre la puerta de la calle y la que daba paso a la cocina, oyóse la risa de Martha, ahogada en el momento de alcanzar su máxima intensidad.

Un mal presentimiento y el recuerdo del incidente de la pulsera frenaron el avance de Manuel.

—Debes salir de aquí —le dijo una voz que sonaba en su cerebro.

Sin embargo, el joven siguió hacia la cocina y sólo se detuvo cuando pisó el umbral y empujó la puerta con la mano derecha.

Tuvo que apoyarse con la otra en el quicio, porque las piernas le flaquearon. Su mano abandonó la puerta que había empujado y descansó primero en su pecho, deslizándose luego, sin fuerza, hasta que tropezó con el puño del cuchillo que siempre llevaba encima.

Frente a él tenía la espalda de un hombre vestido con oscura levita. Sobre aquella espalda se destacaban las blancas manos de una mujer que devolvía el abrazo del hombre.

Manuel sentíase incapaz de pronunciar ni una palabra. Martha le había engañado.

Esta idea le hizo tirar del cuchillo, desenvainándolo. Era una larga hoja de acero alemán con una empuñadura de cuerno, algo curvada en su parte superior.

Pero ¿de veras le había engañado Martha? ¿Le prometió algo más que su simpatía y amistad? No era su novia y, por lo tanto, él no podía exigirle el cumplimiento de una fidelidad no prometida.

Ninguna mujer había poseído la pulsera de llamas y serpientes con ojos de rubí.

Lo había dicho Baum y lo afirmaba la leyenda.

Debía buscar el cariño de Consolación Vázquez.

Fue el consejo del «Coyote».

Todo estaba ocurriendo desde hacía una eternidad. Pero el hombre y la mujer seguían abrazados, unidos en un interminable beso.

Manuel del Socorro estaba obsesionado por las manos de la mujer, cuyos finos dedos, ligeramente abiertos, quebraban la negra monotonía de la espalda del hombre.

Como si aquellas manos le diesen una orden y no pudiera resistirla, Manuel abrió, también, sus manos: la que apoyaba en el quicio y la que empuñaba el cuchillo.

El golpe de éste al clavarse en el entarimado rompió el abrazo. El hombre se volvió hacia la puerta, y la mujer dejó de ser sólo unas manos, recobrando todo su cuerpo.

Manuel sólo veía su aterrado semblante. Y el muy pálido de Isaías Barclay, su amigo.

Los tres permanecieron inmóviles, frente a frente, incapaces de romper la violenta tensión.

Barclay separó con la lengua sus apretados labios y respiró hondo. Martha llevóse al cuello, muy despacio, una de aquellas blancas manos que segundos antes se apretaban contra la espalda del jugador.

Pero ninguno pronunciaba ni una palabra.

Como la sorpresa de Manuel del Socorro había empezado antes, fue la primera en agotarse.

—Pe... perdón —musitó—. No quise... inte... interrumpirles...

Su mano derecha fue de nuevo hacia la puerta y la atrajo hacia sí, a tiempo que se volvía.

La puerta no llegó a cerrarse, porque tropezó con el cuchillo clavado en el suelo. Manuel no se dio cuenta de este detalle, que tan trágicas consecuencias debía tener luego para él. Despacio, arrastrando los pies, cruzó la sala y, sin importarle ya, que las puertas gimieran, empujó los dos batientes y salió a la calle.

El día en que una mujer posea la pulsera, cesará el maleficio de ésta.

Algo así había dicho Baum. Y mientras se alejaba de la taberna, Manuel se dijo:

—Debí habérsela tirado a la cara a Martha.

Y luego.

—Debería deshacerme de ella.

Metió la mano en el bolsillo en que guardaba el estuche. Mas no llegó a sacarlo.

—No puede causarme más daño —se dijo—. Ha cumplido ya con su deber.

De esta forma cometió un error más, si es que, realmente, estaba en la pulsera el origen de cuantos males llovieron sobre la cabeza de Manuel del Socorro desde el momento en que adquirió la joya hasta que, por veinte años, fue alejada de su poder.

Sus pies, o el Destino, le llevaron hacia el extremo norte de San Juan de Río Negro. A medida que se acercaba a la casita de muros blancos y rojo tejado en que vivía Consola, Manuel tenía la sensación de salir del cenagoso fondo de un estanque, ascendiendo hacia la superficie de aguas limpias en que florecían los lirios acuáticos.

Muchos compararon a Consola con una flor. Su tez no envidiaba la pureza del lirio, y su cuerpo tenía la esbeltez del tallo de una de esas flores.

Hasta las más rudas manos se suavizan cuando se acercan a una cosa frágil. En aquella tierra de pasiones fuertes y de hombres violentos, ninguno intentó, con la joven, los sistemas habituales. Consola inspiraba respeto por su misma debilidad e inocencia, que ocultaban una energía y un valor enormes. Su única flaqueza estaba en su amor hacia Manuel del Socorro.

—Olvídale —aconsejaba su padre, demasiado débil para imponer su propio consejo.

—No puedo. No puedo. Y no quiero.

Esta era la invariable contestación de Consola.

—¿No te das cuenta del peligro que corres? —preguntaba la madre, no más enérgica que su marido—. Si ese hombre te lo pidiese...

—Le seguiría adonde me ordenase, madre. Es más fuerte que mi voluntad. Yo no tengo la culpa de sentir este cariño. Dios lo ha puesto dentro de mí y El sabe por qué lo ha hecho.

—Para que sufras.

—Si es así, creeré que necesito sufrir y que Dios lo dispone en mi propio beneficio.

El padre Pagés, uno de los curas catalanes que llegaron a California cuando los franciscanos fueron retirados de la mayor parte de las

misiones por el gobierno mejicano, intervino en el asunto, por deseo de los padres de la joven y de su propia conciencia.

—No debes creer en un Destino inquebrantable, hija mía. El Señor nos concede un amplio margen de libre iniciativa.

Consolación sabía responder con preguntas que a veces sacaban de quicio al sacerdote, que se distinguía por su enérgico y violento carácter, herencia de sus tiempos de guerrillero en la Península.

—Usted ha sido soldado, ¿verdad, padre?

—Sí. Lo fui. Durante cinco años estuve luchando contra los franceses. Empezé en mi pueblo y terminé en Vitoria.

La voz del sacerdote se animaba al recordar sus hechos de armas.

—¿Por qué dejó de ser soldado?

—La guerra enseña muchas cosas, hija. Dios nos ordena que no matemos y, al desobedecerle, en vez de alejarnos de El nos acercamos mucho más. Yendo de un extremo a otro de la Península, teniendo la vida pendiente de un hilo y salvándola a veces de milagro, se fue despertando en mí la fe y la vocación religiosa.

—¿Qué es la vocación?

—Pues... No sé cómo explicártelo. Uno siente en el pecho el ansia de perfeccionarse, de arrepentirse de las cosas malas que está haciendo, de renunciar a las glorias mundanas, de hallar placer en el sacrificio.

—¿Es como si obedeciese una orden divina?

—Pues... sí. Verdaderamente es algo así.

—Como si una voluntad superior a la nuestra se nos metiese dentro, ¿no?

—Sí, sí. Pero, ¿a qué viene tanto preguntar?

—Es para saber si usted ha sentido lo mismo que yo.

El padre Pagés soltó un viejo taco por el cual pidió en seguida perdón. Demasiado tarde se daba cuenta de la celada en que la muchacha le hacía caer.

—¡No compares el amor divino con el amor terreno! ¡Diablo de chiquilla! ¿Crees que es lo mismo amar a Dios que amar a un imbécil como Manuel del Socorro?

—Manuel no es ningún imbécil, padre. Y el amor es un sentimiento que hemos recibido de Dios.

—Ciertos amores no son del agrado de Dios, Consola.

—Usted nos dijo hace tres domingos que Dios perdona las culpas cometidas si el que las cometió sabía amar. Dijo usted que existiendo el amor en un alma, esa alma nunca descendería a los infiernos, porque el amor la salvará. Y dijo que Jesucristo perdonó a la Pecadora porque al ir a El ya se había limpiado el alma de sus pecados y sólo conservaba en ella el amor. Y dijo, refiriéndose a ella: «Mucho le será perdonado, porque ha amado mucho.» Fue un hermoso sermón...

El padre Pagés estaba a punto de enfadarse, y empezó:

—¿Crees acaso, muchacha, que Cristo la perdonó por sus pecados? La perdonó porque... ¡Bueno! Dejémoslo. Tienes malas entendederas. O yo soy un pésimo predicador.

—Quizá yo sea mala.

—¿Tú? No, no tienes nada de mala. Y temo que tal vez sea yo quien está pecando al pretender ver en tu pureza unas sombras que sólo existen en mis ojos. Estoy seguro de que Dios te sabrá guiar por el peligroso camino. El te protegerá de todo mal y guardará tu alma. Pero tú debes ayudarle un poquito. No estará de más.

Y a los padres de Consolación, cuando fueron a saber si había convencido a la muchacha, les respondió:

—Ella me ha convencido a mí. Dejadla. Tiene un alma demasiado limpia y no debemos mancharla con nuestras sospechas y temores.

Sin embargo, el padre Pagés no pudo disimular su inquietud y su temor cuando, a la mañana siguiente a la noche en que Manuel del Socorro compró la pulsera de plata y rubíes, y mientras él se preparaba para la misa primera, vio entrar en la sacristía a Manuel, a Consolación y a los padres de ésta.

—¿Qué os trae por aquí? —preguntó.

—Venimos a que nos case, padre —contestó Manuel.

—¿Eh? ¿Estás loco? —Y a todos—: ¿Me podéis explicar qué quiere decir esta tontería?

—No debe hablar así de un sacramento, padre —contestó Consola —. Si no quiere casarnos, dígalo. Tenemos que marcharnos en seguida y no nos sobra el tiempo.

—Está decidida a todo —dijo al cura el padre de la muchacha.

— ¡Está decidida a todo! —gruñó el sacerdote—¡Pero, ¿qué clase de padres sois vosotros? Y tú, Consola, ¿qué especie de hija eres?

—Tengo el consentimiento de mis padres —respondió la joven—. Si usted se niega a complacernos iremos a Monterrey y allí nos casaremos en el Juzgado. Luego, en San Francisco nos uniremos ante Dios en la Misión Dolores.

—Podéis hacerlo. No quiero mezclarme en este asunto.

—Por favor, padre, cásenos —pidió Manuel—. Yo no puedo esperar más. Necesito marcharme de San Juan lo antes posible. Consola viene conmigo. Prefiero que venga como legítima esposa.

—¿Es que iría de otra forma? —gritó el padre Pagés.

Y con la misma firmeza que él; pero con voz mucho más suave, Consola respondió:

—Sí, padre.

Este desorbitó los ojos y arqueó las pobladísimas cejas, que le daban un aspecto muy distinto del que se considera propio de un sacerdote.

—Bien. Bien —murmuró—. Hablemos con calma. Sospecho que algo anormal ocurre. Explicadlo y... quizá todo se pueda arreglar.

Manuel tomó la palabra.

—Me quiero casar con ella—dijo—. Y como debo salir de San Juan lo antes posible...

—¿Por qué? ¿Quién te obliga a irte?

—Circunstancias de difícil explicación, padre. Deseo irme lejos de estas tierras y emprender una nueva vida. Si quiere oírme en confesión se lo contaré todo.

—Luego. Sigue ahora con lo que puedas decir delante de todos.

—No sé adonde iré ni dónde me estableceré. He pensado ir a San Francisco; pero quizá llegue más lejos. Si voy solo no puedo tener confianza en mi voluntad. Y ya le he dicho que, a ser posible, quisiera que Consola me acompañara legalmente.

—¿Y estás firmemente decidido a casarte?

—Sí.

—La Iglesia impone ciertos trámites a fin de dar tiempo a los que se van a casar para que estén seguros de la firmeza de su decisión. A pesar de todo, algunos matrimonios resultan mal; si casáramos al minuto resultarían mucho peor.

—Por favor, padre —intervino Consola—. Manuel me necesita. Usted ya sabe que le amo.

—¿Y tú sabes a lo que te expones casándote tan precipitadamente?

—Sí, padre. Y también sé lo que sufriría si por no hacer lo que él me pide le viera luego desgraciado.

—¿A él? —refunfuñó el sacerdote—. ¡Más temo verte desgraciada a ti! Debes pensar prácticamente. Calcular lo que puedes perder...

—Usted nos explicó una vez que Jesús aconsejó al rico dar su fortuna a los pobres y seguirle...

—¡Deja en paz al Nuevo Testamento y no saques a relucir mis sermones y tu especial manera de interpretarlos!

Yendo hacia los padres de la muchacha, preguntó:

—¿Podéis explicarme lo que ha pasado? ¡Y que nadie les interrumpa! ¿Entendido?

Asintieron los interpelados, y el padre de Consolación contó lo que él sabía.

La noche anterior, muy tarde, cuando iban a acostarse, después de desgranar unos montones de mazorcas, llamó a la puerta Manuel del Socorro. Estaba pálido y nervioso, tanto que de momento temieron que le hubiera ocurido algo malo. Al preguntárselo respondió negativamente. Dijo que había reflexionado mucho acerca de su vida y de los sentimientos de su corazón. Que al fin se había dado cuenta de

que amaba a Consola. Lamentaba haberlo visto tan tarde y pedía perdón por ello. Consola manifestó que no debía pedir perdón, aunque ya fuese demasiado tarde. La muchacha había supuesto que Manuel estaba comprometido con otra.

— ¡No, eso no! —protestó el joven—. Tú eres la única mujer a quien amo. Pero mañana me marcharé de San Juan. No volveré nunca. La casa pueden quedársela tus padres. No deseo vivir más en ella. Pero no quisiera irme solo.

—Yo te acompañaré —dijo Consola, con su suave firmeza.

—Estaba seguro de que lo harías —replicó Manuel.

La madre se echó a llorar; pero Manuel aseguró.

—Si ella viene conmigo ha de ser como mi legítima esposa. Al menos ante Dios, que para nuestra conciencia ya sería suficiente. Sin embargo, en Monterrey legalizaremos nuestra unión ante los hombres.

Esto devolvió la calma a los padres, que aceptaron la idea de la boda como el mal menor, pues conocían los sentimientos de su hija y la firmeza de las decisiones que tomaba.

Manuel explicó su necesidad de buscar en otro sitio un campo más amplio donde poner en práctica su capacidad comercial. Conocía a muchos amigos de su tío y con su ayuda o con su voluntad, se abriría camino. En San Juan no se podían hacer fortunas.

El padre de Consolación continuó:

—Le rogamos que esperase un poco. El tiempo de celebrar el matrimonio con menos precipitación. Si había pasado varios años en el pueblo, bien podría quedarse unas semanas más, o unos días más.

—Eso es lo que yo creo —dijo el sacerdote, volviéndose hacia Manuel—. Cualquiera diría que necesitas huir de aquí.

—Así es, padre —contestó Manuel—. No quiero pasar ni un día más en San Juan. Ni más horas de las imprescindibles.

—¿De quién huyes? —preguntó el sacerdote, llevándose a Manuel a un extremo de la sacristía, lejos de los oídos de Consola y sus padres.

—De mí mismo —respondió el joven.

—¿Y de otra mujer?

—También.

—¿De Martha Ladoux?

—De ella también.

—Manuel —el padre Pagés apoyó una mano en el hombro del joven—. De los viejos diablos salen los mejores curas. Esto no es un sacrilegio. Nuestros más admirables santos fueron hombres antes de ser elevados a los altares. El pecador que abandona el mundo por la religión es un producto muy nuestro; y digo nuestro porque tú, al fin y al cabo, también eres español.

—Casi no me acuerdo de mi patria.

—Aunque te acordases menos de lo que te acuerdas, serías español. Los que hemos nacido en la península estamos hechos de otra substancia que los demás. Viendo a los deshechos humanos que circulan por esta California, pienso y compruebo que para ellos no hay salvación posible. En cambio, en el mayor pecador de nuestra tierra está siempre viva la semilla de la redención. Por eso nuestra patria nunca se hundirá. Ahora ha perdido en diez años un imperio reunido en tres siglos y medio. Pero no importa. Si se lo propusieran, los mismos que lo han tirado lo reconstruirían en diez semanas.

—Oiga, padre. Pasa el tiempo y usted me iba a hablar de otras cosas que de la pérdida del imperio colonial...

—¡Sí, sí! Tienes razón. Perdona. Té iba a hablar de mí. Yo he sido hombre y no de los mejores antes de darme cuenta de que iba por mal camino. Hoy tengo olvidada mi vida anterior. He llevado la paz a mi alma y soy feliz en este rincón del mundo, donde nadie me conoce. Pero estoy seguro de que en España hay mucha gente que se acuerda de mí y piensa que si no hubiera muerto —porque me creen muerto, ¿sabes?—, estaría ocupando altos cargos políticos o militares. Todo pasó y de la tempestad sólo quedan las piedras humedecidas por la lluvia. ¿Por qué deseas huir de Martha Ladoux? ¿Tienes miedo de no poder dominar tu amor por ella? ¿Supones que, de permanecer aquí, acabarías por olvidar a Consola?

—Prefiero estar lejos de ella.

—Ya ves que no me he equivocado. He vivido y he sentido lo que tú sientes. Esos recuerdos de mi mal pasado, son la humedad en las piedras de que hablé antes. Tú sabes que no puedo mentir, ¿verdad?

—Claro.

—Lo que te voy a decir no ha llegado a mis oídos por el camino del confesionario. Hay mucha gente chismosa y yo soy curioso. Si aún quieres a Martha y deseas seguirla queriendo... —El cura vaciló. —¡Vaya! —exclamó—. Se hace difícil hablar de ciertas cosas. En fin, si te ha de ayudar a que olvides a esa mujer, lo diré. Pierre Ladoux no es el padre de Martha. Es... otra cosa.

—Martha no me importa ya —contestó Manuel—. Lo que pasa es que no quiero que dejen de importarme otras cosas. A veces el barro nos repele; pero en otras ocasiones nos atrae. —Manuel sonrió, turbado, al comprender que el «nos» estaba mal empleado. —Quiero decir que nos atrae a mí y a otros como yo —aclaró.

—Ya te he entendido. Te quieres casar por despecho, y ése no es un buen camino para alcanzar la felicidad.

—Quiero casarme porque he visto cómo son unas mujeres y cómo son otras. Nunca, olvidaré la promesa que hoy pronuncie ante usted.

—No debes hacerlo. Y ahora te confesaré... y ¡qué sea lo que Dios quiera! ¿Compraste los anillos?

—Sí —respondió Manuel, llevando la mano al bolsillo en que los guardaba y tropezando con el estuche de la pulsera.

Varias veces estuvo tentado de tirarla y en ninguna de ellas se decidió a hacerlo; de la misma manera que tampoco se había decidido a dársela a Consola. Quizá más adelante...

A las siete de la mañana se celebró la boda. En la iglesia, levantada por uno de los franciscanos que acompañaron a fray Junípero, sólo había unos indios de los pocos que aún respondían a la llamada de la campanita.

Consola sentía en su pecho una honda emoción y una alegría casi infantil. Sus ojos estaban fijos en el pobre y rústico altar de madera policromada. En su centro, una tosca imagen de San Juan bautizando a Jesús. El santo tenía una larga cabellera negrísima que le caía por encima de una especie de camisón o túnica de recio y áspero lino. También lucía barba y bigote de pelo menos negro. Su cara estaba pintada con vivos colores, más propios de un mascarón que de un santo. Con la mano izquierda se apoyaba en un largo palo, coronado por una cruz, y con la derecha sostenía una concha de plata. La imagen de Jesús era mucho más perfecta e, indudablemente, procedía

de un lugar civilizado: de Méjico o de la Península. El resto del altar, flanqueado por dos irregulares columnas salomónicas, estaba adornado con figuras de la Virgen y escenas de la Pasión, todo pintado torpemente, con absoluta ignorancia de las proporciones; pero, al mismo tiempo, con una pura ingenuidad, cuyo igual sólo podría hallarse en otros cientos de iglesias repartidas por los inmensos territorios del Norte de América hasta los que llegó la conquistadora planta de los españoles, y en las catacumbas romanas.

Consola, habituada a frecuentar aquella iglesia de encaladas paredes, cuyo mejor adorno estaba en el frente de azulejos de la base del altar *(setenta años más tarde, aquel altar y el retablo serían rescatados de entre las ruinas de la iglesia y llevados primero al Museo de California y luego a la reconstruida capilla misional de San Juan de Río Negro),* la encontraba hermosa y acogedora. En ella nunca sintió frío ni excesivo calor. ¡Había sido tantas veces su refugio! ¡Aquellas ingenuas imágenes habían oído y consolado tantas penas suyas!

Por su parte, a Manuel, que conocía las más hermosas misiones de Capistrano, de San Luis Rey y de Santa Bárbara, invadíale una profunda emoción cada vez que miraba aquella figura del Bautista, labrada cincuenta o sesenta años antes por un artesano indio, copiando el grabado en boj de una Historia Sagrada impresa en Méjico. La bien intencionada pero torpe mano no supo crear una talla perfecta; pero tampoco hizo una imagen anodina. Su extraño y pobre aspecto tenía un profundo patetismo que se fundía maravillosamente con la humilde iglesia, a la cual ennoblecía a la vez que era ennoblecida por ella.

Las gruesas y encaladas paredes de adobes, las losas del suelo y lo matinal de la hora contribuían a que en la iglesia reinase la baja temperatura propia de una cripta. Esto, unido a las pinturas del retablo, la imagen del Bautista, los azulejos del altar, la remendada alba y la deshilachada casulla del sacerdote, que denunciaban su pobreza, y por último, la humildad de los asistentes a la ceremonia, dieron a Manuel la sensación de estar viviendo en otra época, en los albores del cristianismo, cuando aún no se podía pensar en los grandes templos donde, más tarde, el arte realizó tantas maravillas.

El padre Pagés había terminado la admonición, y dirigiéndose a los jóvenes siguió:

—Yo os requiero y mando que si os sentís tener algún impedimento, por donde este matrimonio no pueda ni deba ser contraído...

Consola sintió un nudo en la garganta y una opresión en el pecho. ¿Vacilaría Manuel?

Al terminar la advertencia, el padre Pagés se dirigió a cuantos estaban en la iglesia, diciendo:

—Lo mismo mando a todos los que están presentes. Segunda y tercera vez os requiero, que si sabéis de algún impedimento lo manifestéis libremente.

Los indios, de negros y aceitosos cabellos, aplastados contra sus bronceados rostros, miraban con dilatadas pupilas al sacerdote, siempre maravillados por aquellas ceremonias cuya importancia intuían, aunque no llegaban a comprender. Al parecer ninguno conocía impedimentos para la boda.

Respirando con algún trabajo, el sacerdote prosiguió:

—Consolación: ¿quieres a Manuel por tu legítimo esposo y marido...?

La joven notó que las palabras que oía se estaban apagando, aunque el padre continuaba moviendo los labios. Cuando cesó el movimiento de aquellos labios, comprendió que debía responder y lo hizo en voz muy tenue.

—Sí —dijo.

Una cariñosa sonrisa surgió en el bronco rostro del sacerdote.

—Debes decir: «Sí quiero.»

—Sí quiero.

—¿Te otorgas por su esposa y mujer?

—Sí me otorgo.

—¿Lo recibes por tu esposo y marido?

—Sí le recibo.

Luego, durante unos minutos, la tensión volvió a la joven, mientras escuchaba las mismas preguntas, pero dirigidas a Manuel.

Cuando, por fin, el novio pronunció el «Sí recibo» y ella notó en su fría mano el cálido contacto de la de su esposo, sintió que los ojos se

le llenaban de lágrimas de felicidad.

Aquella felicidad iba a durar muy poco; pero al salir de la iglesia viendo ante ella el paisaje inundado de sol, con el aire limpio de nieblas, Consola creyó que su dicha iba a durar tanto como su vida.

CAPITULO III

LA TRAGEDIA

Barclay cogió una botella y un vaso; pero al ir a echar el licor, el gollete tintineó contra el borde del otro recipiente, denunciando su intención.

Martha acudió sin darle tiempo a que bebiera.

—Es un mal sistema —dijo—. Emborrachándote no conseguirás olvidar. Tenemos que conservar la serenidad. Ten en cuenta que la cuerda que ha de ahorcar a Manuel podría ahorcarnos a nosotros.

—Es difícil conservar la calma... ¡Fue tan horrible! Creí que no iba a poder matarle...

— ¡Cállate! No me hagas perder la serenidad. Al fin y al cabo, tú puedes permanecer al margen; en cambio, yo he de descubrir el crimen y denunciarlo.

—Tienes razón.

Barclay salió por una puerta trasera que daba a un poco frecuentado callejón. Estaba amaneciendo y las montañas recortábanse sobre el pálido cielo.

¡Qué horrible noche! Primero el asesinato, luego el traslado al lugar donde había sido enterrado en espera del momento en que fuese posible sacarlo sin riesgo.

Recorrió varios callejones de la parte antigua de San Juan. De pronto, al ir a desembocar en la calle Mayor, se detuvo al oír unos recios golpes a una puerta, a los cuales respondió una impaciente voz:

—¡Ya abro! ¿Qué quiere? —y en seguida: —¡Ah!

¿Eres tú? ¿Has regalado ya la pulsera?

—¡Abra pronto, Elías! —exigió Manuel del Socorro.

El joyero, que había abierto la ventana de su cuarto, la cerró. A los pocos minutos abrió la puerta de su tienda, cerrándola cuando Manuel hubo entrado.

Isaías Barclay quiso marcharse; pero, al mismo tiempo, notaba que una fuerza superior a su voluntad le empujaba hacia la joyería. Al fin cedió y acercóse a la entornada puerta, a través de la cual oyó casi toda la conversación entre los dos hombres.

—¿De modo que no pudiste entregar la pulsera? —preguntaba Elías.

—No. No pude. Mejor dicho: no lo deseé. Aquella mujer no merecía la joya.

—Es más difícil de lo que uno cree vencer ciertos maleficios... Aunque uno quiera, no puede evitar impresionarse ante los objetos sobre los que pesa un sortilegio. ¿Es que tu amiguita prefiere a otro hombre?

—Sí. Cuando fui a verla estaba en brazos de Barclay, el jugador.

—¿Barclay? —La voz de Baum indicaba extrañeza.

—¿Le sorprende? —preguntó Manuel.

—No —se apresuró a responder el joyero—. Pero creí que ibas a referirte a otro. Te aconsejo que no des importancia a un suceso que no tiene nada de extraordinario. Cosas así suceden todos los días en todos los lugares. Pero aún no me has dicho en qué puedo servirte ni lo que te ha inducido a venir a estas horas a mi casa.

—Es que... me voy a casar con una buena muchacha que me quiere mucho y... necesito dos anillos.

—¡Ah! Te felicito. Dice la gente que un clavo saca otro clavo, y... en fin, tengo anillos muy buenos, aun que para casarse no es necesario que sean otra cosa que unos simples aros de oro. Si prefieres algo mejor...

—No. Dos alianzas.

Baum sacó una bandeja de terciopelo en la cual se veían numerosos

aros.

—Cada uno vale ocho dólares, pero te los regalo y Dios quiera que te den suerte.

Examinó la mano de Manuel y le probó dos anillos antes de encontrar el que le sentaba bien.

—¿Sabes la medida de la novia? —preguntó, después.

—Pues... No sé. No había pensado en que no todas las manos son iguales.

—Tal vez yo conozca a la chica y recuerde su medida —indicó Baum. —¿Quién es?

—Consolación Vázquez. Vamos a casarnos esta misma mañana y saldremos lo antes posible de San Juan. No volveremos más. Ya he contratado un carruaje. Lo he comprado y creo que en San Francisco lo venderé con beneficio.

—Seguramente. ¿Dices que se trata de Consolación Vázquez? Sí. La recuerdo. Arreglé para ella una sortija de su madre que era demasiado grande. A ver.

Sacó un libro de caja y buscó en sus páginas hasta hallar lo que necesitaba.

—Ya lo tengo —dijo.

Luego, entre los aros fue escogiendo hasta encontrar el que daba en el comprobador de medidas la del dedo de Consola.

—Este servirá. Que seáis muy felices.

Al guardar las alianzas, Manuel tropezó con el estuche de la pulsera y lo sacó.

—¿No desea quedársela? —preguntó—. Se la doy.

Baum tomó la joya.

—Es muy hermosa. —dijo.

Mientras examinaba las piedras, éstas comenzaban a transformarse, Su tonalidad se fue debilitando hacia el amarillo.

—Nunca me di cuenta de lo raros que son estos rubíes —dijo, devolviendo la pulsera a Manuel y estremeciéndose. ,

—Se la he dado —recordó el joven.

—¡Eso no! —protestó Baum—. ¡Llévate esta maldita pulsera! No pienso, en absoluto, admitir semejante obsequio.

Manuel encogióse de hombros y guardó en el bolsillo la cajita. Mientras estrechaba la mano de su amigo, dijo:

—Hasta la vista, si es que volvemos a vernos.

—Te veré luego —contestó el otro. —Yo no frecuento las iglesias católicas, pero me gustaría despedirte antes de que emprendas el viaje. ¿De dónde sale el coche?

—Lo tengo bajo los porches del Juzgado. Saldrá de mi casa. Hasta luego.

Barclay se retiró, escondiéndose en un portal inmediato. Vio salir a Manuel y en cuanto el joven torció por una calle próxima, el jugador regresó a la joyería. En aquellos minutos se le había ocurrido algo odioso, pero eficacísimo. .

Al oír que Manuel iba a salir de San Juan, temió que se viniera abajo el tan bien meditado proyecto; pero en unos segundos advirtió que no sólo no fallaba el plan, sino que estaba adquiriendo una solidez que antes no poseía.

Elías Baum, a su pesar, estaba inquieto. ¿Podía tener importancia el detalle del cambio de color de los rubíes? Manuel había dicho que le regalaba la pulsera, pero él no le oyó ni la aceptó, mas...

La entrada de Barclay cortó sus reflexiones.

—Buenos días —saludó el joyero. —La tienda aún no está abierta.

—No importa. Vi salir a Rodríguez y como tengo que comprar algunas cosas, pensé que era mejor hacerlo ahora. Así no tendré que volver.

—Bien, ¿qué desea?

—Un buen anillo de brillantes. Una joya digna de una mujer hermosa.

Baum pensó que él hubiera podido decir el nombre de aquella mujer hermosa; pero también pensó que sólo los tontos hacen alarde de lo poco que saben.

—¿Cuánto quiere gastar? —preguntó.

—No me importaría llegar a los cinco mil. He tenido una buena noche en el juego.

Para confirmarlo sacó un fajo de billetes y golpeó con ellos el mostrador.

Baum no vaciló más. Había comprado una caja de caudales que estaba garantizada contra robos. Sólo una carga de pólvora de barreno podía forzarla.

Abrió la caja, sacando varios paquetes y estuches, que dejó sobre el mostrador.

Mientras el comerciante estaba de espaldas, Barclay cogió uno de los paños sobre los cuales depositaba Baum las joyas. Lo dobló tres o cuatro veces y cubrió con él el revólver. Luego avanzó hacia el joyero. Cuando éste se volvió para mostrarle los estuches de las sortijas de brillantes. Barclay apretó el gatillo del arma. El ruido quedó apagado por la tela.

El fogonazo había prendido en ella y Barclay la dejó caer, apagándola a pisotones.

El choque del cuerpo de Baum contra el suelo fue más escandaloso que la detonación. Barclay escuchó unos instantes por si alguien lo había oído. Luego se inclinó sobre su víctima, para comprobar si estaba muerta o herida. No era necesario ser médico para comprender que un balazo que había atravesado de parte a parte la cabeza del joyero, saliendo por la coronilla, tenía que ser mortal.

La muerte de Baum resultaba aliviadora por un sin fin de motivos. En primer lugar, era un crimen más sobre la cabeza de Manuel y, aparte de eso, era un testigo que no podría confirmar la declaración del joven referente a cómo sorprendió a Martha Ladoux y a Isaías Barclay.

Pasando por encima del cadáver, el jugador siguió vaciando la caja de caudales. De ella sacó, entre otras cosas, veinticinco mil dólares en billetes.

CAPITULO IV

LUNA DE MIEL

Manuel del Socorro no se dirigió a Los Angeles, como en un principio pensara. El día era tan hermoso que al llegar al cruce de carreteras tomó la del norte en vez de seguir la contraria. Luego, en lugar de bajar hacia la costa y detenerse en Monterrey, siguió por los caminos del interior, hacia las montañas, por los valles rodeados de altas cumbres que aún conservaban sus casquetes de nieves invernales. Estos, cada día más reducidos, disolvíanse en arroyos que iban a engrosar los ríos y riachuelos, formando en algunos puntos altas cascadas en las que el sol dibujaba irisados arcos.

La naturaleza, en vigoroso despertar primaveral, comunicaba a los seres vivientes y a las cosas su intensa alegría. Manuel conducía el coche y, junto a él, sentábase Consola. A veces un cervatillo y su madre cruzaban la carretera en ágiles pasos. Otras, un conejo les miraba un momento antes de ocultarse entre la verde maleza. En otra ocasión un coyote les observó desde lo alto de un risco.

— ¿Quieres su piel? —preguntó Manuel del Socorro a Consola, acercando la mano al rifle que llevaba junto a él.

Consola miró hacia lo alto. El coyote se recortaba contra el puro cielo.

—No lo mates —pidió—. Es un hermoso animal.

—Es peligroso.

—Nada nos hace a nosotros. Déjale que goce de su libertad. ¡Es tan maravillosa la libertad!

—Ese pirata hace muy mal uso de ella.

—Peor uso hacemos los humanos —rió Consola—. Déjale. Quizá ha subido a ver si descubría a su amada. La hembra no me perdonaría nunca si yo no hiciera algo por evitar la muerte de su marido. Además... Desde que existe el «Coyote» esos animales me son simpáticos. ¿Por qué le llaman el «Coyote»?

—Porque es astuto y escurridizo como un coyote —explicó Manuel—. Es menos cruel que un lobo y sólo mata cuando no puede evitarlo. Sale de noche y no quiere compañía.

Siguieron adelante, dejando en su risco al coyote. Señalándolo, Manuel comentó:

—Es capaz de haber comprendido que alguien abogaba por él. No es corriente que de día se muestren en un lugar tan descubierto.

—No te arrepientas de haberle perdonado la vida. Quizá sea amigo del otro «Coyote» y le cuente que, pudiendo matarle, no lo hiciste.

Manuel iba a contar a Consola su entrevista con el «Coyote»; pero, como en otras ocasiones en que estuvo a punto de hacerlo, ella le interrumpió.

—Soy muy feliz —dijo, cogiendo entre los suyos el brazo derecho de su marido y apoyando la cabeza en su hombro—. Estaba segura de que una boda celebrada tan precipitadamente no podía dar buen resultado.

—Si creías eso, ¿por qué me aceptaste?

—Te quiero tanto, que hasta la desgracia, si la recibía de ti, me hubiese parecido un don envidiable.

Manuel también sentíase feliz. Aquella dicha le resultaba tan nueva y extraordinaria, que la aceptaba como un don divino.

—Dicen que Dios organiza en el Cielo las bodas —comentó—. Por eso la nuestra ha dado tan buenos resultados. Ahora me doy cuenta de lo mucho que te amo y de lo enormemente tonto que estuve a punto de ser.

Ella no le preguntó por qué decía aquello.

—Me gustaría viajar siempre por estas montañas, lejos de los pueblos y ciudades —musitó—. Aquí somos libres. Y tengo el presentimiento de que, en la ciudad, los negocios o la necesidad de trabajar te llevarán lejos de mí, quitándome una parte de tu cariño.

—Por desgracia no podemos vivir siempre en plena naturaleza. Algún día tendré que trabajar para ti y para... nuestro hijo.

Consola se sonrojó.

—No hables de eso —pidió.

—Pero... tú crees...

—No sé —le interrumpió la joven—. Quizá. Pero aún es pronto. No se puede saber nada hasta que pasen unos meses.

—Me gustará que sea un chico.

—Como tú. Será alto, fuerte y, de mayor, todas las mujeres querrán casarse con él.

—Y no podrán, porque él las comparará con su madre y todas le parecerán estúpidas, feas y malas. Eso es lo peor de tener una madre maravillosa.

—¿De veras me consideras maravillosa? —preguntó Consolación—. Yo siempre me he visto tan insignificante...

—Quisiera que pudieses introducirte en mi cerebro y leer mis pensamientos —replicó Manuel.

—Si pudiese hacerlo, preferiría introducirme en tu corazón. El cerebro no me gusta. Es una cosa para pensar, reflexionar, portarse seriamente. El corazón, en cambio, no reflexiona, no calcula.

—Pero mi corazón ya está ocupado por ti, chiquilla —rió Manuel —. ¡Si supieras cómo me ha crecido desde que nos casamos! Antes era muy pequeño y muy ruin. En cambio, desde que tú lo purificaste se convirtió en el más hermoso corazón del mundo. Incluso late más de prisa, y a veces me suena como si en vez de un corazón fuese un cascabel de plata.

Aquella noche la pasaron en la Misión de la Soledad, en la vieja ruta española de Portolá.

Dos días más tarde entraron en Monterrey. Visitaron la antigua capital de California, sus viejos edificios, sus tranquilas calles, donde el reloj del tiempo marchaba con cuarenta años de retraso.

Pasaron dos días en la población, antes de reanudar su viaje hacia el norte, siguiendo ahora, el camino de la costa.

En el decimonoveno día llegaron a Santa Clara. Antes de ir al hotel, dirigiéronse al consultorio del doctor Mercadal. Consolación no había podido gozar mucho en los últimos días del viaje.

El viejo médico pulsó a la joven, le examinó la lengua, le auscultó, por si el origen de los trastornos estaba en los bronquios o en los pulmones, hizo muchas preguntas y su amable sonrisa fue dilatándose a medida que rechazaba síntomas y posibles causas. Cuando terminó de preguntar se levantó del sillón de hule en que se había sentado frente a Consola y quitándose los lentes los limpió con un enorme pañuelo.

—¡Vaya, vaya! —exclamó—. Recién casados... órganos sanos, pulso casi normal, bronquios y pulmones limpios como el cielo. Casi podría asegurarle, señora, que la enfermedad que usted padece es la mejor de todas las enfermedades.

—¿Seguro, doctor? —preguntó, ansiosa, Consolación.

El médico hizo ademán de detenerla.

—¡Alto, alto! —dijo—. No se puede asegurar nada. Es muy pronto aún; pero los síntomas son magníficos. Yo apostaría hasta mi último peso a que a mediados del invierno serán ustedes tres. Claro que siempre existe la posibilidad de un error, pero... En fin, en este caso, me sorprendería más el error que el acierto.

—Y... ¿será chico, doctor? —preguntó Manuel.

—O chica —rió el médico—. ¿Quién sabe? La Ciencia no ha llegado aún a poder adivinarlo. Además, no creo que los médicos intentemos nunca enterarnos de ese secreto. Se perdería una gran emoción. Sería como si al comprar una novela nos explicaran el desenlace.

—¿Y no hay peligro? —inquirió Manuel.

—¿Para su esposa? —el médico volvió a reír—. No, hombre, no—. Usted ha oído de algunos casos en que la madre no llegó a ver a su hijo. Pero, afortunadamente, esos casos son los menos. Lo que sí es conveniente es que no sigan viajando. Vuelvan a su hogar. El coche es lo único que no le conviene. ¿De dónde vienen ustedes?

—De San Juan de Río Negro, cerca de Los Angeles —explicó Manuel—. Nos dirigíamos a San Francisco. Quiero establecerme en la ciudad.

—Si le es posible, instálese en las afueras, donde su mujer tenga aire puro en abundancia. A veces me han preguntado a qué se debe que las indias tengan hijos robustos y sanos, a pesar de que viven como bestias, en tanto que las damas que disfrutan de todas las

comodidades los tienen enclenques y enfermizos. Siempre he contestado lo mismo. El aire puro, los alimentos naturales, y un poco de ejercicio o trabajo físico sirven para que los lobos, los jaguares y las indias tengan cachorros perfectos. Los alimentos sabrosos, pero sin fuerza nutritiva, y la falta de ejercicios, son un veneno para los hijos.

—¡Ya verá qué chiquillo tenemos! —rió Manuel.

—Que sea como yo se lo deseo —replicó el médico.

Les acompañó hasta la puerta y guardando el dólar que Manuel le pagó por la consulta regresó a su despacho. Tenía algunas publicaciones médicas llegadas del Este y aunque no dominaba el idioma inglés ni mucho menos, con ayuda de un par de diccionarios iba sacando en limpio la mayor parte de la sustancia del texto.

Al cabo de una hora salió a cumplir algunas visitas y regresó ya de noche.

A la mañana siguiente vio desde su ventana a Manuel y Consolación que se dirigían hacia San Francisco. Les despidió con la mano y pensó que nunca más se acordaría de ellos.

Pero aquel mismo día, cuando se levantaba de la mesa, después de comer, la criada le anunció una visita, advirtiendo en voz baja y mirando hacia la puerta del comedor, como temiendo ser oída por el visitante:

—Es uno de esos que llevan una estrella de plata en el pecho.

—No te apures, mujer —contestó el doctor—. No he matado a nadie, aunque la gente afirme lo contrario.

Se dirigió al vestíbulo, pues el visitante no había querido pasar a la sala de espera. Tratábase de un hombre alto, desgarbado, vestido con negligencia y armado cuidadosamente. Dos «Colts-Paterson» pendían enfundados de dos cinturones, cuyas hebillas se cruzaban sobre el vientre. Del cinturón que sujetaba los estrechos pantalones colgaban, además, un frasco de pólvora, una bolsa de balas y una carterita llena de fulminantes. El hombre vestía, además, botas altas, camisa de franela muy sucia, un chaleco de piel, cuyo único adorno era la gran estrella de los *sheriffs* y comisarios.

Era joven y, tanto en su mentón como en algunos puntos de sus mejillas crecían finos y rubios pelos. Llevaba el cabello largo y cortado por algún amigo, a ras de la nuca. En California escaseaban los

barberos, a quienes sustituía la buena voluntad de las madres, esposas o conocidos.

—Buenos días, doctor —saludó en mal español el policía—. Perdone si he venido a interrumpirle su comida.

—Ya terminé —replicó el médico—. ¿Quiere que pasemos a mi despacho?

—No es necesario —contestó el otro, haciendo girar el sombrero de alas anchas que se había quitado, y en el cual había blanqueado el sudor de muchos meses—. He venido a hacerle unas preguntas. Soy Bruce Coburn, comisario del *sheriff* del condado de Santa Fe. Este no es mi territorio; pero el *sheriff* del condado de Santa Clara me ha autorizado para que realice algunas gestiones mientras él se prepara.

—Usted dirá. ¿En qué le puedo ser útil? —Necesito unos informes. Nos han dicho que ayer le visitaron un hombre y una mujer.

—No una sino varias parejas me visitaron durante el día.

—Se trataba de dos forasteros. ¿Los recuerda?

—Sí.

—¿Sabe cómo se llamaban?

—No. Es decir, conozco sus nombres; pero no sus apellidos.

—Quizá sea suficiente. ¿Cómo se llamaba el hombre? ¿Y a qué se debió su visita? ¿Estaba herido?

—Un momento, comisario. Los médicos tenemos derecho y casi la obligación de no dar publicidad al motivo por el que se requiere nuestro servicio.

Coburn siguió haciendo rodar el sombrero entre sus dedos.

—No estoy muy fuerte en esas costumbres o leyes —admitió—. Puede que tenga usted razón y que yo no me halle autorizado para hacerle estas preguntas; pero le doy mi palabra de que estoy autorizado para conducirle ante el juez de paz a fin de que él le pregunte, con plena autoridad legal, lo mismo que yo le estoy preguntando. Si quiere usted ahorrarse la molestia de acompañarme...

—Gracias. Aceptaré su oferta si usted me dice, antes, para qué necesita mis informes.

—La familia de la muchacha quiere conocer su paradero.

—¿Por qué?

—Huyó de casa y no está casada con el hombre que la acompaña. La familia se oponía a la boda, ¿sabe? Ahora está dispuesta a ceder si no hay más remedio.

—Tendrá que ceder, porque no hay más remedio —sonrió el doctor, cayendo en la trampa—, Nadie estaba herido.

—¿Cómo se llamaban?

—El se llamaba Manuel. Y ella Consola. Creo que se trata del diminutivo de Consolación.

—Son ellos —asintió el comisario—. ¿Sabe si procedían de San Juan de Río Negro?

—Sí.

—¿Y saben adonde iban?

—A San Francisco. Pensaban ir más lejos; pero ella presenta síntomas de... ¿Entiende?

—Claro. Por eso dijo usted que ya no había más remedio, ¿no?

—Exacto.

—Pues muchas gracias, doctor. Como en el hotel no les tomaron los nombres ignorábamos si eran ellos.

Bruce Coburn estrechó la mano del médico y salió de la casa, dirigiéndose hacia donde le esperaban otros cuatro comisarios, junto a sus caballos.

—¡Todo ha salido a pedir de boca! —rió Coburn—. El médico ha cantado y ya sé que son ellos. Vámonos antes de que el *sheriff* de Santa Clara se entere de la verdad y quiera su parte. Nos detendremos cuando hayamos recorrido diez millas.

Los cinco hombres montaron a caballo y salieron del pueblo envueltos en una nube de amarillo polvo.

Conocedores del terreno, abandonaron varias veces la carretera, volviendo a ella por acortadores atajos. Cuando se detuvieron al cabo

de una hora, lo hicieron junto a un arroyuelo que bajaba, serpenteando, desde las montañas. Bruce Coburn y los suyos desensillaron los caballos, a quienes dejaron beber y mordisquear la jugosa hierba, entretanto ellos se reunieron en un grupo.

—Bueno muchachos, todo va bien y estamos sobre buena pista —dijo—. Manuel del Socorro Rodríguez y Consolación Vázquez han pasado por Santa Clara y se dirigen a Frisco. Si podemos detenerles antes de que entren en la jurisdicción de otro *sheriff*, el premio que dan por la cabeza de él será nuestro.

—¡Quién pescara dos mil dólares por barba! —comentó uno de los comisarios.

—Pero no olvidéis que hemos de cogerle vivo. Muerto no nos sirve de nada, pues lo más seguro es que haya escondido el oro en algún sitio y que sólo estando vivo nos lo puede decir. Por tanto, id con cuidado y no disparéis. Ahora, quitaos las estrellas. Así nos podremos acercar sin despertar sospechas. Si descubre nuestra identidad disparará, pues sabe a lo que vamos. Si en el tiroteo muere él, lo perdemos todo.

—¿No nos darían los diez mil dólares? —preguntó uno.

—Dirían que no es él. Ya os lo dije antes. Si le matamos tenemos que llevarlo a San Juan de Río Negro. Eso está en el otro extremo de California. ¿Cómo llegaría un cuerpo humano allí? Descompuesto y lleno de gusanos. Y aunque todos lo identificaran, los que han prometido el premio dirían que no es él, porque estando muerto no les podría indicar el escondite del oro robado a Ladoux.

—Pero si se han comprometido a pagar diez mil dólares por Manuel del Socorro Rodríguez vivo o muerto...

—No seas idiota —interrumpió Bruce—. Ellos no quieren detener al asesino y ladrón. Lo que les interesa es recuperar el oro. Y solamente pagarán si recuperan la pasta. De lo contrario, darán excusas y nada más.

—¿Y si llevase el oro en el coche? —preguntó otro comisario.

—No lo creo —respondió Coburn—. En el hotel nos han dicho que el carruaje estuvo en la cochera sin que nadie lo vigilara. Si llevase trescientos mil dólares en él, no hubiera cometido la tontería de dejarlos al alcance de cualquier curioso.

—Pero... supón que los lleva bien escondidos —insistió el que había sugerido la posibilidad de que el oro estuviese en el coche.

Bruce Coburn sonrió canallescamente.

—Si eso fuera posible... —volvió a reír—. Los muertos no hablan. Y un par de hoyos de dos metros de profundidad pueden ocultar eternamente el paradero de un hombre y de una mujer. Trescientos mil dólares son mejores que diez mil.

—Nos tocarían a sesenta mil por barba —dijo el el mismo que antes dividiera los diez mil—. ¡Caray! ¡Lo que íbamos a divertirnos!

—¿Y mataríamos a la mujer? —preguntó otro.

—Un accidente. Un disparo casual. Cualquier cosa. —Bruce Coburn llamó a su caballo y volvió a ensillarlo—. Pero, de momento, nada de usar las armas. Empleemos la cabeza. Y, sobre todo, que el *sheriff* no se entere de que estamos al tanto del mensaje que le llegó en el vapor de San Diego: El nos quiso alejar para que no le quitáramos la pieza. A estas horas andará loco registrando los montes.

Después de quitarse las estrellas de plata, los comisarios reanudaron la persecución. Bruce Coburn, al frente de ellos, calculaba mentalmente lo que se podía hacer con trescientos mil dólares.

Había llegado a California buscando oro; pero al ver las penalidades que se sufrían en las minas, prefirió aceptar uno de los siempre vacantes puestos de comisario de *sheriff*. Sabía manejar bien las armas y, sobre todo, los nuevos revólveres de seis tiros, y no era manco utilizando el rifle. Había conseguido algunos éxitos y pequeñas recompensas; pero también se daba cuenta de que el negocio no era muy brillante. Exponer la vida por treinta dólares al mes, era casi una tontería, aunque además recibiera alojamiento y comida gratis. El tenía ambiciones y deseaba realizarlas.

Buscando introducirse en la policía de San Francisco, fue cambiando de jefe hasta llegar al condado de Santa Cruz, casi a las puertas de la gran ciudad del Pacífico. Estaba seguro que desde allí el salto a Frisco sería fácil. Su jefe no era mejor ni peor que los anteriores. Su obligación estribaba en molestar poco a los yanquis y fastidiar a los nativos sin preocuparse de si era justo o no. De cuando en cuando se recibía la orden de arresto contra algún delincuente peligroso. El *sheriff* organizaba la persecución y se quedaba atrás para seguir enviando refuerzos. Si el premio ofrecido por la captura y muerte del fugitivo era digno de tenerse en cuenta, entonces el *sheriff*

iba con sus hombres, a quienes daba unas migajas del premio que él cobraba. Por eso, al enterarse el día anterior de la orden de captura contra Rodríguez y del suculento premio que se ofrecía a quien lo entregase a las autoridades de Los Angeles, Bruce Coburn volvió a cerrar el mensaje enviado desde Los Angeles en el vapor correo que unía la base naval de San Diego con la ciudad de San Francisco, y que hacía escalas en los demás puertos. El *sheriff*, al abrirlo, no sospechó que sus subordinados ya conocían, el mensaje, y los envió a buscar unos informes acerca de una pareja de novios huidos. Bruce advirtió a sus compañeros y no tardó en regresar diciendo que a una pareja que respondía a la descripción hecha por las autoridades del condado de Los Angeles, se la había visto hacia Los Gatos.

Allí marchó el *sheriff* solo, pensando que mi hombre que viaja con una mujer no es peligroso, aunque haya matado a otros dos hombres para robarles casi cuatrocientos mil dólares.

Mientras su jefe iba sobre una pista falsa, Coburn y sus compañeros, actuando por su iniciativa habían encontrado la verdadera pista y ya consideraban suya la presa. Para que su jefe no pudiera quitarles el premio, antes de marcharse de Santa Cruz dejaron firmadas sus hojas de dimisión. Eran, pues, unos particulares que no debían obediencia a nadie y, sobre todo, que recibían el premio sin que su jefe pudiera quitárselo. Luego siempre les quedaba el recurso de alistarse a las órdenes de otro *sheriff*.

Después de un par de horas de cabalgar por la carretera, en su parte más recta, Coburn guió a su gente hacia lo alto de una loma, con lo cual ganaría casi una legua. Además, desde aquella altura podrían descubrir el coche de Rodríguez, por muy lejos que estuviera.

* * *

Consolación estaba subiendo al carruaje cuando, al levantar la cabeza, vio a los cinco jinetes en lo alto de la montaña.

—Mira —dijo, señalándoselos a su marido—. ¿Qué son?

—Cualquier cosa buena o mala —respondió Manuel.

—¿Bandidos?

—No creo. Estamos demasiado cerca de San Francisco. Más sospecho que se trate de viajeros que tienen prisa y han tomado el atajo que nosotros hubiésemos utilizado si en vez de ir en coche hubiéramos viajado a caballo. Si fuesen bandidos serían más. Sube. Ya

falta poco. Mañana llegaremos a San Francisco.

—¿Y si fuesen bandoleros? —insistió Consola.

—No tengas miedo. Voy armado y no soy del todo malo tirando.

—Pero ellos son cinco. Y... está todo tan desierto. Si te quitasen el dinero...

—Mujer, no te alarmes antes de tiempo.

—Por favor, escóndelo. Llevas encima mucho dinero y... si te lo quitaran... Hazlo por nuestro hijo. Sería como si se lo quitasen a él.

—Lo esconderé en el coche. En cualquier rincón...

—No. Registrarán el coche y lo encontrarán. Haz otra cosa. Guarda dos mil dólares y el resto ocúltalo en el hueco de un árbol o debajo de una piedra. Así podrás volver a recogerlo. Y como verán que llevas bastante dinero encima, no sospecharán la verdad. Con dos mil dólares se darán por satisfechos.

—No es necesario...

—Por favor.

—Está bien —cedió, por fin, Manuel.

Los jinetes ya no se veían y, como a ambos lados de la carretera abundaban los árboles y las rocas, Manuel escogió una de éstas y deslizó, debajo de ella, después de envolverlos con un pañuelo de hierbas, veintisiete mil dólares.

—¿Estás tranquila? —preguntó a su mujer, acariciándole las frías mejillas.

—No; pero estoy menos preocupada que antes. Si fuesen bandidos no hagas resistencia. Déjales que se lleven el dinero que has guardado.

—Ya verás como luego resulta que son pacíficos viajeros y tenemos que volver a recoger nuestro capital.

— ¡Ojalá! Pero... No sé. Tengo un mal presentimiento.

Manuel pensó en la pulsera. ¿Por qué no la había tirado a cualquier río, a una hoguera o al mar? No lo sabía. Aquella joya parecía adherirse a él y, por lo menos, le robaba la voluntad de desprenderse

de ella.

—No hagas caso de los malos presentimientos —dijo, sin ningún convencimiento en sus propias palabras—. Nunca se realizan.

Pero seguía pensando en la pulsera y en el maleficio unido a ella.

CAPITULO V

LA DETENCIÓN

Los dos caballos arrastraban sin esfuerzo el ligero carruaje, cuyos muelles contrarrestaban el desigual piso del camino. Manuel los hacía correr más de prisa que de costumbre y estaba deseando salir de aquel camino en hondonada que tanto se prestaba a cualquier agresión. Cuando llegase a terreno descubierto se sentiría más seguro. Sobre todo si los jinetes a quienes vieron bajar por la ladera del monte quedaban muy adelante o muy atrás.

De cuando en cuando miraba de soslayo, para no alarmar a Consola, hacia el lugar donde esperaba verlos aparecer. Cada vez que doblaba un recodo de la carretera temía encontrarlos frente a él, con las armas en las manos y el rostro oculto por sus pañuelos.

Cuando menos lo esperaba y ya creía haberlos dejado atrás, los vio a ambos lados del coche, surgidos como por ensalmo, galopando a la misma velocidad de los caballos que tiraban del coche y, armados con revólveres, aunque llevando el rostro sin cubrir.

—¡Deténgase! —ordenó uno de ellos—. ¡No nos obligue a disparar!

El jinete que cabalgaba a la izquierda de Manuel se inclinó hacia el coche y arrebató el rifle del joven.

Otro se colocó frente a los caballos y les fue haciendo reducir el galope.

—¡No intentes nada! ¡Por favor! —pidió Consola.

—¡Deténgase! —repitió el que parecía jefe del grupo—. No nos obligue a disparar. Va con una mujer. No lo olvide.

Manuel tiró de las riendas y movió con el pie la palanca del freno,

luego levantó las manos.

Coburn se puso la estrella de comisario y sus compañeros le imitaron.

—Pertenecemos a la comisaría del *sheriff* —dijo Bruce.

Manuel sintióse más aliviado. No porque creyera en la legitimidad de aquellas estrellas, sino porque el hecho de que los cinco hombres adoptaran lo que él creía un disfraz, indicaba que no pensaban causarle ningún daño físico. Teniéndole desarmado no había razón para que usaran un disfraz que, en todo caso hubieran utilizado para forzarle a no defenderse.

—¿Qué quieren de nosotros? —preguntó Manuel.

Bruce Coburn había presenciado muchas detenciones. Cuando el detenido era de los que sabían lo que iba a suceder después de su detención, se portaba siempre de distinta manera a como se estaba portando aquel hombre.

Temiendo cometer un error, a pesar de que las señas del viajero y de la mujer coincidían con las indicadas en el boletín de captura, el comisario preguntó:

—¿Es usted Manuel Rodríguez?

—Manuel del Socorro Rodríguez. —rectificó el joven.

—Eso es. Olvidaba que su apellido es muy corriente. ¿Y ésta es su esposa? —preguntó Coburn, señalando a Consola.

—Sí. Es mi mujer.

—¿Cómo se llama?

—Consolación Vázquez —respondió la muchacha.

Eran ellos; pero algo no encajaba en el juego. Aquella serenidad no podía ser fingida y, desde luego, era impropia de un hombre que se tenía que saber perseguido por la Ley que le acusaba de dos asesinatos y otros tantos robos.

—Bajen del coche —ordenó.

Manuel y Consola obedecieron. Uno de los comisarios desmontó y registro a Manuel en busca de armas. Le quitó el revólver que llevaba

en el cinto, dos mil doscientos veinte dólares y el estuche de la pulsera, entregándolo todo a Coburn, que insistió:

—¿No lleva nada más?

—Nada más.

Bruce desmontó, ordenando:

—Apartad el coche a un lado.

Metió entre el cinturón y los pantalones el revólver del detenido y contó el dinero.

—¿No tiene más? —preguntó.

—No necesitaba más —respondió Manuel—. Y como los caminos son inseguros...

—Sí. Muy inseguros —rió Coburn—. Se encuentra uno en ellos con gente poco recomendable. Asesinos, ladrones y... comisarios. Abrió el estuche y examinó la pulsera. —¿Qué es esto?

—Una pulsera —respondió Manuel—. Puede quedársela si le gusta.

—No me gusta. Tenga —y la entregó a Consola.

Maquinalmente, la joven cogió la pulsera y la miró, comentando:

—¡Qué bonita!

—¡Dame! —gritó Manuel, arrancando la joya de manos de su mujer y metiéndola en un bolsillo.

—¿Por qué hace eso?—preguntó Bruce.

—Porque no quiero que mi mujer tenga esta pulsera. No es para ella.

—¿Se la compró a Baum?

Manuel miró interrogativamente a Coburn.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó.

—Me lo imagino. Se sorprenderá de las cosas que puedo imaginarme.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Consolación, a su marido.

—No lo sé —respondió éste.

—¿Por qué no quieres darme esa pulsera? —siguió preguntando Consola.—. Apenas la he visto.

Manuel la sacó, mostrándola de nuevo, pero sin soltarla.

—¡Qué ojos tan raros! —comentó la joven.

—Son rubíes —explicó Manuel.

—No. Los rubíes son rojos y estos animales los tienen verdes.

Manuel retiró la mano y miró una vez más la extraña pulsera. Las serpientes y las llamas tenían los ojos encarnados, aunque el tono de los rubíes era menos intenso que de costumbre, como si estuviesen sucios.

—Es verdad —susurró—. Son verdes.

Guardó la pulsera y esperó a que el comisario hiciera alguna pregunta más.

—¿Le importa que registremos su coche? —preguntó, irónico, Bruce.

—No necesita pedirme permiso para nada —contestó Manuel.

—Si busca dinero no llevamos más —dijo Consolación—. Usted tiene todo el que poseemos.

—¿De veras? —Bruce Coburn se echó a reír burlonamente—. ¡Qué poco!

Dos de los comisarios empezaron a registrar el carruaje, y al poco rato acudió en su ayuda otro. Abrieron departamentos, registraron cajas y maletas, levantaron esteras y también el asiento del pescante, debajo del cual había una cavidad que se utilizaba para guardar herramientas, cuerdas y alambres.

—No hay nada —dijeron los comisarios.

—¿Creéis que lo iban a guardar al alcance de cualquiera? —gritó Coburn—. Buscad debajo del coche.

Mientras uno de los tres retenía a los caballos, los otros metiéronse por entre las ruedas y, en seguida, uno de ellos anunció:

—¡Aquí hay un paquete!

Coburn hizo intención de reunirse con su compañero; pero, conteniéndose, por miedo a que Manuel y su mujer aprovecharan la oportunidad para huir, indicó:

—Sácalo, Ben.

El comisario cortó con su navaja las cuerdas que sujetaban el paquete a unos clavos y lo sacó. Era un envoltorio hecho con un paño verde, como de bayeta. Estaba atado con pequeñas correas y con unas cuerdecitas muy fuertes.

Coburn miraba de reojo a Manuel. Si éste no veía por primera vez aquel envoltorio habría que reconocerle como el mejor actor del mundo. Su sorpresa era perfecta. Ni exagerada ni ligera. Como si le e ver un paquete cuyo contenido ignoraba y, por lo tanto, no suponía importante.

Ben soltó las hebillas de las correas y comenzó a desliar el envoltorio. Debajo de la bayeta verde apareció una gamuza. Y, por fin, envueltos en aquella gamuza, unos fajos de billetes de alto valor, varios estuches y un lingote de oro de unos cinco kilos.

—¿Y decía que no llevaba más dinero? —preguntó Coburn.

—¿Qué... qué? ¿Qué es... eso? —tartamudeaba Manuel.

Esta vez Coburn tuvo la seguridad de que Manuel del Socorro no fingía. La presencia de aquel paquete y su contenido le sorprendían más que a todos. Incluso más que a la propia Consolación, que imaginaba muchas explicaciones lógicas a la presencia de aquel dinero, de cuya existencia su marido no había querido decirle nada, sin duda para sorprenderla más adelante.

—Tengo que detenerle, Rodríguez —dijo, Coburn.

—¿Por qué? —preguntó Manuel.

Coburn señaló el paquete.

—Pero si eso no es mío —protestó el joven.

—Estaba en su coche.

—Es un coche alquilado... Bueno, quiero decir que lo compré para venderlo de nuevo.

—¿Y se lo dieron con una fortuna debajo? —Coburn empezó a reír—. No quiera abusar de nuestra credulidad.

—Ya sé que todo es raro; pero... No sé. No entiendo.

—Quizá entienda cuando le aho... Bruce interrumpió a Ben, antes de que éste terminara la palabra que había empezado a decir.

—¡Cállate!—mandó—. Vamos. Es tarde y tendremos que pasar la noche en una posada.

Hizo subir al carruaje a Manuel y a su mujer. Esta fue colocada delante, al lado de uno de los comisarios, que tomó las riendas. Manuel se instaló dentro, y, a su lado, sentóse Coburn. Los dos caballos que habían quedado libres fueron atados a la trasera del coche.

Manuel trató varias veces de hablar con su vecino, para explicarle de nuevo que no sabía nada; pero Coburn no le dejó hablar.

—¡Luego, luego! —repitió cada vez—. Ahora no.

Consolación volvióse hacia el comisario, preguntando:

—¿Por qué nos detienen?

—Hay que explicar la presencia del oro y del dinero. Y también de las joyas.

—Mi esposo le ha dicho que no comprende su presencia en el coche.

—Una explicación muy rara, señora. Pero no hablemos. Creo que preferirán ustedes que en la posada no sepan que les llevamos detenidos.

—¿A mi mujer también la detienen? —preguntó Manuel.

—Creo que ella no le dejaría solo aunque se lo propusiéramos.

—Desde luego —respondió Consola—. Es usted muy agudo, señor.

—Mucho —contestó Coburn.

Y para sus adentros, agregó:

—Creo que soy el más agudo de todos los presentes y de los que han armado una magnífica trampa con destino a ese infeliz.

CAPITULO VI

LA FUGA

La dueña de la posada era una mestiza voluminosa como un barril y tan lenta en el andar como si un barril hubiera querido hacerlo rodando cuesta arriba. Recibió a los viajeros como si fuesen enemigos odiados a muerte, se negó a prepararles lo que ellos deseaban para cenar y al fin los dejó en manos de dos hijas suyas que aún no habían alcanzado el volumen de su madre, aunque era de suponer que no tardarían mucho en conseguirlo.

El marido de la mestiza y padrastro, de las chicas fue el único en demostrarse algo cordial. Era sumamente delgado, aunque lo parecía mucho más en contraste con su mujer y las hijas de ésta. Prometió servir huevos con tocino, café bastante bueno, unas tortillas de maíz, queso y galleta de munición.

El café era agua teñida con sabe Dios qué. Los huevos eran frescos y el tocino rancio. La mezcla resultaba nauseabunda. Las tortillas estaban crudas, el queso más duro que una roca, y la galleta de munición debía de haber llegado a California con los primeros conquistadores españoles. Consola no pudo probar bocado.

—¿Qué le ocurre? —preguntó el delgadísimo posadero—. ¿No le gusta la comida?

Parecía tan apenado, que la joven explicó, sonriendo y deseosa de no herir sus sentimientos:

—Es que no me encuentro bien.

—¿Le preparo una tisana? —ofreció el hombre, cuya delgadez podía atribuirse a que todo el peso del establecimiento, incluyendo en él a sus hijastras y esposa, recaía sobre sus espaldas—. Las hierbas son buenas para esas enfermedades.

—Para la mía no —respondió Consola—. Es una enfermedad que se curará sola dentro de unos meses.

Y para hacerse comprender sin sofocantes explicaciones, golpeó con la yema del índice el anillo de boda que lucía en la mano izquierda.

—¡Aaaah!—exclamó el posadero, boquiabierto—. ¡ Aaaah!

En seguida sonrió alegremente y desapareció. A los pocos instantes volvió precedido por las jóvenes y seguido por su mujer, que desarrollaba una velocidad incomprensible, a la cual siguió una actividad más asombrosa aún.

Al cabo de diez minutos, Consola tenía ante ella un tazón de caldo, una tortilla de huevos, una de maíz, pan blanco, un grueso solomillo y café de verdad. Estos manjares justificaban el buen estado de las mujeres de la posada.

Consola hubiera querido ofrecer a su marido una parte de sus alimentos; pero notaba fija en ella la mirada de la mestiza y no se atrevió a hacerlo. Estaba segura de que aquella mujer era capaz de impedírselo a golpes o a tiros.

Después de cenar, las hijas de los posaderos la guiaron al dormitorio que se le había asignado, haciendo gala de esa delicadeza que las mujeres sólo se demuestran cuando una de ellas se encuentra en determinado estado biológico o ha sufrido un percance sentimental por culpa de ese querido enemigo que es el hombre. La hicieron acostar, la acosaron a preguntas, a las que tuvo que responder a pesar de que sus pensamientos estaban muy lejos de aquella habitación, la mejor de la casa.

Si fuese posible conducir el cuerpo al lugar al que se dirigen los pensamientos,. Consola hubiera estado junto a su marido, compartiendo aquellos amargos momentos.

Bruce Coburn lo había conducido al cuarto que se les destinaba. No había en él comodidades, ni limpieza. Unos catres cubiertos con mantas que olían a ganado, unas sillas que mantenían milagrosamente unidas todas sus partes, una palangana sobre un cajón y un jarro de agua.

Los otros cuatro comisarios quedaron abajo, bebiendo un aguardiente de ciruelas que destilaba el posadero y por el cual había motivos suficientes para ahorcarle.

—Me tiene muy preocupado, señor Martínez —dijo Coburn, acariciándose el vello de su rostro—. No he dicho nada delante de su mujer, porque pesan sobre usted cargos muy graves.

—¿Se refiere a lo del "Coyote"? —preguntó Manuel.

—¿Eh? ¿Anda el «Coyote» complicado en este asunto?

Coburn empezó a sentirse alarmado.

—No sé. —Manuel se retorcía las manos. —Yo no entiendo nada —siguió—. El «Coyote» me dio un dinero que procedía de unos hombres que me engañaron.

—¿Era el que encontramos en su coche?

—No. Aquel ya lo gasté. Sólo me quedaban dos mil dólares y algo más.

Estaba tan nervioso desde hacía tanto rato, que su mentira pasó inadvertida por Coburn.

—El «Coyote» suele hacer limosnas de esas —dijo—. Pero su caso es más serio, señor Rodríguez. Se le acusa de haber robado doscientos cuarenta mil dólares en oro en polvo y lingotes a Pierre Ladoux y unos cien mil dólares en alhajas y dinero a Elías Baum.

—¿Que yo he robado eso? —Rodríguez trató de sonreír. —¿Está usted bromeando?

—Yo no. Me limito a cumplir órdenes.

—Entonces... ¿Quiere decir que Ladoux y Baum me acusan de ese robo?

—Desgraciadamente no pueden hacerlo.

—¿Por qué? Si ellos no lo hacen, ¿quién...?

—Ellos no pueden acusarle porque han sido asesinados —interrumpió Coburn.

—¿Dice que han sido asesinados? Pero... No entiendo. ¿Quién les ha matado?

—Usted.

Manuel vaciló como si hubiera recibido un puñetazo en el pecho. Luego, al darse cuenta de la horrible acusación se incorporó de un salto y quiso precipitarse contra Coburn, no para atacarle, sino para exigirle que retirase sus palabras.

El comisario levantóse y a la vez que daba un paso atrás desenfundaba su «Paterson».

—¡No se mueva! —ordenó, amartillando el revólver.

Se detuvo Manuel, llevándose la mano a la frente.

—Siéntese.—le mandó Coburn.

Manuel obedeció como un autómata.

—Creo que es usted inocente —dijo Coburn, sentándose frente al prisionero, a quien no dejó de amenazar con su revólver.

Manuel levantó la cabeza.

—¿De veras...?

—Sí. Creo que es víctima de una trama muy bien urdida. Para que sepa de qué se le acusa, se lo diré, aunque no todo, porque sólo conozco los detalles que se incluyen en el boletín de captura extendido contra usted. Según dice ese boletín, usted asesinó a Pierre Ladoux, propietario de la taberna «Póker de Calaveras». Le degolló con un cuchillo que ha sido identificado como de usted por numerosos testigos, tanto americanos como del país.

—No es posible... —Manuel interrumpióse al recordar su última visita al «Póker de Calaveras». El cuchillo había quedado allí y pudo ser utilizado por cualquiera.

—¿Cree que no es posible? —preguntó Coburn, que había advertido la reacción de Manuel ante un recuerdo que debía de aclarar algún punto.

—No sé. No entiendo. Yo dejé mi cuchillo en la taberna y cualquiera pudo cogerlo...

—También se le acusa de haberle robado a Ladoux la remesa de oro que recibió aquella noche y que debía remitir a no sé dónde. Creo que a un Banco de la costa. La explicación que se da es la de que usted asesinó para robar y luego, al salir del «Póker de Calaveras», dirigióse

a la joyería de Baum. Llamó a la puerta armando un gran alboroto. Y alguien se asomó a una ventana y le vio y oyó hablar con el joyero.

—Eso es cierto; pero yo iba a comprar unos anillos...

—Esa pudo ser la justificación para introducirse en la joyería. No digo que sea; pero cualquier jurado lo creería así. Y una vez dentro de la casa, obligó usted, revólver en mano, a que Baum abriese la caja fuerte y luego, ahogando la detonación con un paño colocado sobre el revólver, mató a Elías Baum de un tiro que le entró por la nariz y le salió por la coronilla. Se encontró el paño quemado por el fogonazo y luego la caja casi vacía. Se sabe de algunas de las joyas que fueron robadas y por la descripción que en el boletín se hace de ellas, yo diría que son las mismas que hemos encontrado en aquel paquete, debajo de su coche.

—No es posible. No es posible. ¿Cómo pueden ocurrir cosas así?

—No lo sé, señor Rodríguez. Usted se casó aquella mañana. Lo hizo precipitadamente. A todos les extrañó, y aún más que saliera en viaje de novios sin aguardar ni un cuarto de hora. Dijo que se dirigía a Los Angeles, y no fue allí. Dijo que seguiría el camino de la costa, y nadie le vio por aquellos lugares. Si puede usted justificarse...

— ¿Quién me acusa?

—Las pruebas que usted ha dejado detrás de sí. Nadie más.

—¿Me acusa Martha Ladoux?

—¿Cómo ha dicho?

Manuel repitió el nombre, que el comisario deseaba grabar bien en su memoria.

—¿Martha Ladoux? —preguntó una vez más—. No. ¿Quién es?

—Nadie.

—¿Pariente del muerto número uno?

—Hija suya.

—¿Esperaba que ella le acusase de algo?

—No... Bueno, quiero decir que... Que siendo ella la hija y viviendo en la misma casa... Pues me parecía lógico que ella hubiera visto al

criminal y, sin querer, lo hubiera confundido conmigo.

—En el boletín no se indica; pero quizá se refieran a ella englobándola entre los «numerosos» testigos de quienes se habla.

Coburn estaba seguro de hallarse sobre una importante pista y no quería dar un paso en falso, que, advertido por Manuel, hiciera a éste cerrar sus labios a las confidencias que el comisario esperaba obtener.

—Si usted pudiese probar su inocencia —siguió—. A mí me gustaría poderle ayudar. Tenga confianza en mí. Soy joven y tengo ambiciones. Si consigo demostrar que usted no es culpable, me haré famoso, y mucho más si descubro al asesino verdadero que trata de hacer recaer sobre usted las sospechas de su propia culpa. Entonces podría ingresar en la policía de San Francisco.

—No sé nada —musitó Manuel—. Y lo que es peor, temo que nada pueda hacerse por mí. Estoy bajo los efectos de un maleficio que ha terminado con otros más fuertes que yo.

—No diga esas cosas, hombre. Y no se dé por vencido sin luchar hasta el último momento. Según el boletín, el crimen debió de cometerse de madrugada. ¿Tiene testigos que demuestren dónde estaba usted en aquella madrugada?

—No. Salí de casa de mi novia a eso de las doce fui a mi casa, después de haber comprado el coche para el viaje y luego descabecé un corto sueño. No había nadie en casa. Despedí a mi criada tiempo antes.

—¿Y se levantó al amanecer?

—Sí. Me vestí, fui a buscar el coche y luego di un paseo hasta que juzgué que ya podía despertar al señor Baum.

—A aquellas horas no debió de cruzarse con mucha gente por las calles.

—Creo que no.

—O sea, que no puede probar que no pudo cometer el robo ni el crimen.

—No soy un asesino —aseguró Manuel.

—Para usted lo conveniente sería poder demostrar que no lo es. El

que lo sea o no tiene menos importancia.

—Pero... siendo inocente.

—Claro que lo es; pero las pruebas que le acusan son abrumadoras. ¿Quién sabía su intención de casarse y salir del pueblo como si temiera verse perseguido por cien decepcionadas y furiosas antiguas novias?

—Nadie. Es decir: lo supieron aquella noche mi mujer y sus padres. Y aquella mañana también lo supo el cura. Mis suegros no podían desearme ningún daño. Mi mujer tampoco, y en cuanto al cura...

—¿Qué?

—No supo nada acerca de la boda y de la partida hasta que se lo dijimos media hora antes de la boda. Y al salir nosotros de la iglesia él se quedó en ella.

—Muy raro. Trate de recordar lo que hizo aquel día y el anterior. Tal vez habló con alguien de sus propósitos. Una boda requiere tiempo...

—No. Yo no sabía que iba a casarme hasta... Quiero decir que no lo decidí hasta las diez de la noche. O las once.

—¿Cómo fue que no se decidió hasta entonces?

—Prefiero no hablar de ello. Es asunto que no tiene nada que ver con el robo ni el crimen.

— ¿Está seguro?

—Sí.

—No puede estarlo. Sea sincero conmigo. Quiero librarle de la horca. ¿No ve que prácticamente ya tiene la cuerda al cuello?

Manuel se llevó la mano a la garganta, como si ya notase el áspero contacto de la soga.

—No es posible... —musitó.

—Por mucho menos he visto ya colgar a gente más importante que usted. Diga lo que sepa. ¿Por qué trata de salvar a Martha Ladoux?

—¡Yo no trato de salvar a nadie! —gritó Manuel.

—Ni a usted mismo. Ya lo veo. No se porta bien con su mujer, señor Rodríguez. Ni con ella ni con el hijo que van a tener.

—No ganaría nada mezclando a Martha Ladoux en este asunto. Yo no sospecho de ella.

—No es corriente que una hija degüelle a su padre para robarle dinero; pero si estuviese mezclado en el caso otro hombre. ¿Amaba usted a Martha Ladoux?

— ¡No!

—No grite tanto —sonrió Coburn—. Ha pronunciado un no que me ha parecido un sí. ¿O es que lo ha sido?

—No —musitó Manuel—. Ha sido un no.

—Me obliga a ser duro con usted, Rodríguez —suspiró Coburn—. Yo quiero ayudarle y no me deja hacerlo. Tendré que llevarle a San Juan de Río Negro. No va a resultar fácil el viaje. En cada pueblo que crucemos habrá cien o mil hombres con sogas preparadas para lincharle. Será un milagro que llegue usted vivo a Los Angeles para ser juzgado allí. Y sería milagroso que el jurado no pidiera contra usted dos penas de muerte. El gobernador de California no le indultará, porque no quiere perder su puesto. Si usted me diera alguna pista, por insignificante que sea, yo le dejaría aquí, bien seguro, y mientras todos le creerían en libertad y muy lejos, yo podría ir siguiendo la pista hasta dar con el oro y con el asesino.

—No tengo ninguna pista que darle.

—Cuénteme cómo perdió su cuchillo. ¿Dónde?

—No he dicho que lo hubiese perdido.

—Pero desde el momento en que alguien lo utilizó, es que pudo quitárselo a usted. El boletín dice que se trata de un arma que usted llevaba siempre encima.

—Sí...

—¿Quién se la quitó?

—Nadie.

—¿Dónde la perdió?

—En la taberna. Se me cayó y no me di cuenta. Cualquiera pudo encontrarla.

—¿Dice la verdad?

—Se lo juro.

—¿Quiénes estaban cerca de usted cuando perdió el cuchillo?

—Había mucha gente... —dudó Manuel.

—¡Mentira! —El comisario había captado la vacilación.

Manuel bajó la cabeza. No hablaría más. No quería, por despecho, dirigir las sopechas de un crimen hacía dos personas que podían ser culpables de un engaño amoroso; pero nada más.

—¿Ha sido usted más explícito con alguna persona?

—No.

—¿Ni con su esposa?

—Ella no sabe nada.

—No es posible que la persona que le ha tendido esa celada supiera que iba usted a salir de San Juan y pudiese colocarle tantas pruebas acusadoras en su coche.

—Nadie...—Manuel vaciló. Estaba recordando. Sí, alguien supo... —. Hubo alguien a quien expuse mis intenciones de marcharme. Elías Baum.

—Para el caso, Adán sería tan buen testigo como Elías. Los dos están muertos de sobra. Reúnase con su mujer y tal vez ella le convenza. No intente huir, pues he puesto guardas en torno a la casa.

Salió Manuel y quedó solo Coburn. Sobre uno de los catres estaba el dinero, el lingote y las joyas. El comisario abrió los estuches. Anillos de brillantes. Muy buenos; pero difíciles de convertir en dinero sin dar explicaciones. En cambio el dinero...

Se abrió la puerta del cuarto y desde el umbral, Ben comentó:

—¿Haciendo cálculos, Bruce?

—Sí —suspiró éste—. La cosa es menos sencilla de lo que yo

imaginé al principio.

—¿Cuánto dinero hay?

—Veinticinco mil.

—Quince mil más de lo que nos darían si lo entregamos.

Ben habló indiferentemente; pero sabía que su compañero pensaba lo mismo que él.

—Sería un buen negocio entregarlo mudo —siguió.

Bruce movió la cabeza.

—No. Si llevamos un fiambre harán averiguaciones sospechando que antes de entregarlo lo habíamos vaciado.

—¿Pues?

—Tiene que existir otro medio.

—Búscalo. Y no olvides los anillos. Deben de valer mucho.

—Demasiado. Valen mucho y queman como diablos. He leído algo y sé que si quisiéramos vender cualquiera de estos anillos iríamos derechos a la cárcel hasta que se averiguara de dónde procedían. Y cuando se supiese nos colgarían sin contemplaciones, es decir, delante de unos miles de curiosos que nos contemplarían encantados. El dinero no es peligroso, pero los brillantes sí. —Entonces... —En el rostro de Ben se reflejaba la codicia—. Si encontraran esos anillos en el cadáver... ¿No sería una prueba de que no le matamos para que no pudiera descubrir que nos había dado el oro?

Bruce Coburn se levantó.

—Has tenido una buena idea —dijo.

—¿Crees que sólo tú puedes tener ideas inteligentes? —preguntó, vanidoso, Ben.

—Sí; porque tus ideas son muy malas; pero obran como el estiércol, que sirve de abono a los campos. Tu mala idea ha hecho germinar en mi cerebro una idea genial.

—¿Cuál es?

—Si te lo contara demostraría que soy un idiota, y que no puedo tener ideas geniales. Bajemos a hablar con los otros.

—Oye. ¿No sería un buen sistema someter a ese tipo a un ligero suplicio para hacerle cantar dónde enterró el oro?

—No seas imbécil. Ese hombre no sabe ni una palabra de lo que ha ocurrido. Dicho de otra forma: es inocente.

—¡Bah!

—Lo es. Y lo grave de este caso es que a nosotros no nos interesa un inocente. Si llevásemos a Rodríguez a San Juan y allí se demostrara que no cometió crimen ni robo, ¿qué?

—¿Qué quieres decir con ese *qué*?

—¿Qué ocurriría? ¿Le ahorcarían?

—Si prueba su inocencia, no.

—Y además de no ahorcarle, no nos pagarían el premio. ¿Entiendes? Y si nos lo hubieran pagado creyendo que les llevábamos, un culpable, nos lo quitarían de nuevo. Por tanto, nuestro negocio está en quedarnos con ese dinero —y Coburn señaló el que estaba encima del catre.

—Y sería más negocio repartirlo entre tú y yo, ¿no?

—La avaricia rompe el saco, Ben.

Este sonrió bestialmente.

—Pero es una buena idea. Tenla presente.

—Si empezamos a pelear entre nosotros, llegará otro, quizá el propio jefe, y nos quitará el conejo que ya tenemos entre los dientes. Tiempo habrá de dar mejores golpes. Vamos. Tú les contarás a los otros lo que pasa. Diles que el mejicano, o californiano, o lo que sea, es inocente, que no tiene la menor idea del escondite del oro, y que no nos van a dar ni un centavo de plomo por él.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—Preparar el escenario para que los actores salgan a escena.

—Habla más claro.

—Voy a disponer la fuga de los pájaros. Luego me reuniré con vosotros y tenderemos la trampa. Advierte, sin embargo, que tendremos que cerrar seis bocas.

—¿Eh? —Ben se asustó—. ¿Qué pretendes?

—No ir a la cárcel, aunque me tenga que exponer a ir a la horca.

—Me parece que ahora vas demasiado lejos.

—Pienso ir muy lejos. Pero si tenéis miedo, marchaos. No necesito a nadie.

—Yo no tengo miedo ni escrúpulos, con tal de que la jugada sea segura.

—Lo es. Vete.

—¿No te irás con el dinero?

—Ya lo pensé; pero no lo haré. Dejemos el dinero dentro del cuarto, cerrándolo con llave. Yo me llevaré la llave y vosotros vigilaréis los caballos. A pie no iría muy lejos.

—Ni tampoco a caballo.

—No perdamos más tiempo. He de hablar con el posadero y su colección de vacas sentimentales.

* * *

Consolación acarició las manos de su marido, entre las cuales brillaba opacamente la pulsera de plata.

—Yo creo en ti —dijo—. Sé que no puedes haber cometido esos crímenes.

Manuel se encogió de hombros.

—La Justicia exige pruebas, y todas me condenan.

—Debe haber alguna que te sea favorable.

—Aunque así fuese, no llegaría vivo a la sala del tribunal, ni siquiera a los Angeles. Ese comisario tiene razón. En cuanto se supiese en los pueblos por donde hemos de pasar, que me acusaba de crimen y robo, me lincharían. Es su diversión.

—Podríamos hacer el viaje en barco.

—Saldrían a recibirnos a San Pedro. Es inútil. Lo que me ocurre no se debe a una causa natural. Es esa maldita joya.

— ¡No repitas más esa locura, Manuel! —suplicó la joven—. ¿Cómo puede una pulsera de plata, por antigua que sea, ejercer influencia sobre nosotros?

—No sé cómo es; pero sé que es así. Mira. ¿Ves estas piedras? —señaló las que hacían de ojos de las llamas y serpientes—. Tú dijiste que eran verdes. No lo son.

—Me parecieron verdes; pero quizá reflejaron las hojas de los árboles.

—Nunca han sido verdes. Ni como son ahora. Eran piedras rojas, como sangre caliente. Ahora, en cambio, son piedras sin brillo. Parece que algo ha muerto en ellas.

—Debiste haber hecho caso al señor Baum y tirar la pulsera.

—Ya era tarde. Se la di a él, y al cabo de un rato, le asesinaron, porque las piedras cambiaron de color en su mano.

—La voluntad y la fe en Dios te harán vencer esa obsesión...

Les interrumpió una suave llamada en la puerta. Consola cubrióse con las sábanas y mantas en tanto que Manuel iba a abrir.

El que llamaba era el posadero. Antes de que Manuel pronunciase una sola palabra, el hombrecillo se llevó a los labios uno de sus largos dedos, recomendando silencio.

—Cuidado —musitó.

Entró de puntillas, exagerando ridículamente su afán de no hacer ruido, y yendo hacia la cama hizo seña a Manuel de que le siguiese.

—Tienen que huir —dijo.

—No es posible —dijo Manuel.

—Sí lo es —respondió el posadero—. El comisario quiere ayudarles; pero sin comprometerse. Es un hombre bueno. Sus compañeros no lo son. Dice que les dará dinero del que encontró en un sitio que ustedes saben.

—Si, sí. Continúe —pidió Consolación.

—Pondrá tres centinelas en torno a la casa. Uno delante. Y uno a cada lado. Por detrás no hay salida y, además, aunque la hubiera, podría vigilarse desde los lados por los que estarán allí.

—Entonces...

—Calma, señor, calma —pidió el posadero—. Esta casa tiene una bodega. Es muy larga, porque en otros tiempos mejores venían muchos caballeros a beber vino de los frailes. Quiero decir del que recogían los franciscanos. Ahora también lo beberían; pero con la secularización de las misiones se acabó todo. Los yanquis llegaron un día, vieron las vides sin hojas ni racimos. Creyeron que se trataba de troncos secos y no hicieron caso a nadie. Lo quemaron todo como leña para sus hogueras. ¡Cincuenta años de trabajo empleados en cocer un par de ranchos!

—Decía que la bodega... —interrumpió la joven.

—No puede ser, Consola —interrumpió Manuel—. No es posible.

—Si es posible— aseguró el posadero—. La bodega tiene una salida al bosque de laurelillos. Se puede llegar junto al despeñadero y descender por el camino que lleva al fondo. Hay que ir con cuidado y evitar que rueden piedras, pues se produciría un gran ruido. Pero una vez abajo, están a salvo. Pueden seguir hacia la costa y embarcar. O bien pueden ir a otro sitio.

—Iríamos a otro sitio —dijo Consola, pensando en la piedra bajo la cual había ocultado Manuel el dinero.

—No iremos. No quiero exponer tu vida, Consola.

—Mi vida eres tú, Manuel. Si tú quedas en peligro, ¿de qué me servirá conservar vivo el cuerpo si mi alma muere contigo?

—Haga caso a su esposa, señor —dijo el posadero—. Ella es prudente.

—Te lo suplico— rogó Consolación—. Si hubiéramos sabido lo que pasaba... hubiésemos huido muy lejos. ¡Cuánto tiempo desperdiciado! —¿Hubieses huido conmigo creyéndome culpable?

—No te amo por bueno, ni te querría por malo. No aprecio tus perfecciones ni me asustan tus defectos. Sé que mi corazón y mi alma

te quieren y no pueden vivir sin ti. ¿Por qué te amo? No necesito saber el por qué de las cosas. Ya te dije que no deseo que te ame mi cerebro. Prefiero que siga queriéndote mi corazón. Soy más feliz así. Y si algún día mi cerebro me aconsejara odiarte, mi corazón te seguiría amando hasta... siempre.

Tendiendo la mano al posadero, Consola siguió:

—Muchas gracias. Pero no me ha dicho su nombre.

—Es muy feo y... ridículo —respondió el posadero, sonrojándose—. Mis padres creían que yo iba a ser otra cosa y me pusieron León.

—No es un nombre feo —dijo Consola.

—En mí sí. Yo no tengo nada de león.

—Es un animal noble —dijo Manuel—. Posee un gran corazón y unas garras temibles. Usted tiene lo bueno y le falta lo malo. Tiene nobleza y carece de garras y colmillos.

—Gracias —rió León—. Ahora me siento importante. Vístase, señora, y yo me volveré de espalda. Hay que darse prisa.

Consola estuvo lista en pocos minutos. León fue invitado a dejar de mirar la pared.

—Síganme y, por Dios, no hagan ruido.

En el descansillo de la escalera estaban las tres mujeres. Tenían los ojos enrojecidos por el llanto. Una tras otra besaron a Consolación. La última en hacerlo fue la madre, que la besó como si despidiera a una de sus hijas.

— ¡Que Dios la ampare y la Virgen de Guadalupe la guíe!

—Gracias por sus bondades —susurró Consola.

Como si hubiera dicho algo muy emocionante, las tres mujeres, al oírla, se echaron a llorar y se metieron en el cuarto que había dejado libre Consola.

Una de las hijas salió de nuevo para asegurarse de que sus huéspedes y su padre bajaban a la bodega. Cuando lo hubo comprobado regresó al cuarto para comunicarlo a su hermana ya su madre.

CAPITULO VII

LA TRAICIÓN.

León previno en voz baja, cuando ya llevaban varios minutos en la bodega.

—Cuidado ahora. Estamos llegando a las escaleras que conducen a la salida. No hablen. Subiré a abrir.

Tanto Manuel como su mujer, habituados a las tinieblas, advirtieron en lo alto una atenuación de la oscuridad. Incluso vislumbraron algunas estrellas.

León subió por una empinada escalera de adobes y descorrió el cerrojo de la desvencijada puerta, por entre cuyas grietas entraba el viento, el polvo y la claridad estelar. Abriéndola muy despacio, para que no chirriasen los goznes, volvió a bajar. Su figurilla se destacó sobre el rectángulo del cielo cuajado de estrellas.

—Que tengan mucha suerte —les deseó el posadero—. Suban por la escalera y sigan sin desviarse el camino que hallarán a la salida. El les conducirá hasta el acantilado. Cuando lleguen al borde tuerzan a la derecha y vayan bajando. De buena gana les guiaría; pero el comisario me ha dicho que los otros sospecharían de mí.

—Gracias, León —dijo Consola—. Y déle también las gracias al comisario.

Manuel estrechó la mano del hombrecito y cogiendo luego la de Consola empezó a subir hacia la puerta.

—No se molesten en cerrarla —dijo León—. No hay nada de valor.

Aunque no podían verle agitó una mano en señal de despedida antes de volver sobre sus pasos.

Cuando salió de la bodega lo hizo cautelosamente, sin sospechar que ni uno de sus movimientos pasaba inadvertido para el ojo que le estaba observando por encima de los puntos de mira de un revólver de seis tiros.

Tanta era la cautela del posadero, que Bruce Coburn pensó que

merecía recibir una bala entre ceja y ceja que le dejase muerto en el acto y sin sufrimiento alguno. Con el pensamiento, Coburn trazó varias veces el salto que daría el cuerpecillo de aquel hombre al recibir el balazo.

Mientras tanto, Coburn iba calculando el tiempo que pasaba, a fin de que su disparo coincidiese con los otros.

Ya empezaba a apretar el gatillo del «Paterson», cuando León, obedeciendo a un presentimiento, miró hacia el lugar exacto por el que asomaba el cañón del revólver y vio a la vez el ojo del arma y el de Coburn.

Lanzando un grito echóse hacia atrás, a la vez que el comisario disparaba.

El cuerpo del posadero rodó por las escaleras y Coburn, asomándose a la bodega, le vio tendido en el suelo, sin movimiento. Aunque el proyectil no le hubiese matado, lo hubiera hecho la caída.

Ben acudió a reunirse con Bruce y juntos subieron a la habitación donde las tres mujeres estaban gritando sin saber por qué.

—¿No reservamos a ninguna? —preguntó Ben.

—Hay que tapar todas las bocas.

De junto al acantilado llegaban ya las detonaciones de los disparos de revólver.

Las mujeres acentuaron sus gritos; pero, mientras subía hacia el cuarto, Coburn advirtió que sólo eran dos las que chillaban. La tercera estaba desmayada o era menos cobarde que las otras.

—¡Vamos! —gritó y empujó ante él a Ben, haciéndole abrir la puerta.

En tanto que las hijas aullaba como bestezuelas, la madre, con los ojos secos y los labios apretados, empuñaba con inconmovible firmeza y decisión una pistola de dos cañones que aún parecía capaz de causar daño.

—¡Fuera de aquí! —ordenó.

Ben se detuvo en el umbral de la puerta, a unos cuatro metros de la mestiza. Esta cometió el error de no disparar en seguida, dando

tiempo a Coburn para empujar contra ella a Ben.

Viéndole llegar, la mestiza perdió la seguridad en sí misma y apretó a la vez los dos gatillos de la pistola.

La detonación hizo vibrar los cristales de la ventana, y Ben desplomóse con dos pelotas de plomo en el pecho, en el cual abrieron un boquete tan enorme que la vida se le fue a raudales antes de que su cuerpo chocara contra el suelo.

A través del humo, Bruce disparó sin ninguna prisa, tomándose el tiempo necesario para apuntar bien.

La mestiza había quedado como alelada al ver las consecuencias de su torpeza. Y las hijas estaban tan llenas de miedo, que sólo trataban de no ver las cosas horribles que estaban ocurriendo.

Tres disparos fueron suficientes. Como el anterior, Bruce Coburn los hizo con el revólver de Manuel del Socorro Rodríguez.

Salió del cuarto después de colocar la pistola que utilizara la mestiza de forma que no se adivinase quién había utilizado aquella vieja arma. Bajó al comedor y estuvo dudando sobre si debía utilizar o no el camino de la bodega. Al fin decidió no hacerlo, y dando un pequeño rodeo se encaminó hacia el bosque de laurelillos.

Sus tres compañeros se acercaron.

—¿Ha ido bien todo? —preguntaron.

—¡Psé! La vieja metió un par de cañonazos en el corazón de Ben.

Nadie se apenó mucho por la muerte del compañero. Al fin y al cabo significaba uno menos a la hora del reparto.

—¿Y las mujeres? —preguntó otro.

—Pasaron a mejor vida ¿Y la pareja?

—El hombre cayó en medio del camino —explicó Woodson—. Allí le encontrarás. Tiene la cabeza deshecha.

—¿Y la mujer?

Kinsey, otro de los comisarios, trató de justificar lo ocurrido:

—Disparaste demasiado pronto y la detonación los puso sobre

aviso. Corrieron antes de que pudiéramos disparar con seguridad. Rodríguez obligó a su mujer a ir delante, mientras él la protegía con su cuerpo.

Eso la permitió llegar hasta el acantilado. Entonces la acribillamos.

—¿Estáis seguros de no haber acribillado las estrellas?

—No, no —dijo Ferry, el último de los comisarios—. Chillaba como una rata y, de pronto se calló, cayendo por el acantilado. Yo vi cómo la cabeza reventaba al recibir tres balazos simultáneos.

—¡Cállate! —chilló Kinsey—. ¡Fue horrible! ¡Pobre mujer! ¡Y esperando un pequeño...; Es un doble crimen.

—Teníamos que hacerlo —replicó Bruce—. Olvídate de ello.

Mientras hablaba tendió a Ferry el revólver de Manuel del Socorro. El comisario asintió con la cabeza.

—Mira, Kinsey —dijo.

El interpelado se volvió hacia su compañero y recibió en el corazón las dos últimas balas del revólver de Manuel.

—¡Ya solo quedamos tres! —comentó Woodson—. Creo que haríamos bien interrumpiendo la matanza. Acabará resultando sospechoso tanto muerto.

—Este hubiera hablado de más —dijo Ferry, indicando a Kinsey.

Se inclinó a desenfundar el revólver de su víctima y lo dejó en el suelo, cerca de la mano derecha del muerto.

—Parecerá que le mataron luchando —dijo Bruce—. Vamos a dejar el revólver junto al cadáver de Manuel.

Este se hallaba tendido de espaldas en medio del caminito. Tenía el brazo derecho extendido y el izquierdo doblado sobre el pecho. Una gran mancha de sangre ocultaba su cara.

Coburn dejó caer el revólver en el suelo.

—Creerán que murió después de agotar sus municiones.

Siguió hacia el borde del precipicio. Sobre unas blancas piedras vio unas cosas negras. Eran largos mechones de cabellos. Se hubiera

asomado para ver si descubría el cadáver de Consola; pero la falta de seguridad en Woodson y Ferry le contuvo.

—Ya nos podemos marchar —dijo, regresando al camino—. Dejaremos en la posada los caballos de los otros y que la gente se explique como quiera el suceso.

—Pero al encontrar a Kinsey y a Ben pensarán que nosotros también estuvimos aquí —observo Woodson.

—No, porque mañana por la mañana anunciaremos al *sheriff* de Santa Cruz que los dos han marchado hacia Frisco. Nosotros no sabemos ni una palabra.

—¿Y si nos pide que olvidemos nuestras dimisiones o… las justifiquemos? —inquirió Ferry.

—Le diremos que nos dolió que no quisiera que le acompañásemos a la caza de Manuel del Socorro. No hay ninguna dificultad en justificarnos.

—¿Estás seguro de haber acabado con el posadero y su familia? —preguntó Ferry.

—Claro. El hombre cayó a la bodega y allí debe de estar. Y las mujeres quedaron arriba. Nadie dirá nada.

—¿Y si prendiésemos fuego a la posada? —preguntó, Woodson.

—No está mal —se burló Bruce. —Las llamas atraerían a la gente que vive en veinte millas a la redonda. Todos acudirían en ayuda de los posaderos y cien personas se cruzarían con nosotros, se acordarían de nuestro aspecto y hasta del olor que despedimos.

—Es verdad —rió Woodson—. Nunca se me ocurre nada que tenga sentido.

Estaban de nuevo junto al cuerpo de Rodríguez. Bruce sacó los estuches de los anillos de brillantes y los metió en los bolsillos del traje del español.

—Ya está todo arreglado, explicado y justificado. Nos corresponden nueve mil dólares por cabeza.

—Y el lingote de oro —recordó Ferry.

—Sí. Nos llevaremos un hacha y un martillo y haremos tres partes

con el lingote. Como no serán iguales las echaremos a suertes, y lo mejor es que cada uno esconda su trozo de oro y que no lo cambie ahora. Debemos olvidar lo sucedido. Los tres estamos enredados y ya sabéis las consecuencias que tendría una indiscreción. ,

CAPITULO VIII

INTERMEDIO

El posadero llegó al fondo del acantilado. Como suponía allí estaba la mujer del hombre cuyo cadáver había encontrado en medio del camino.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

Lo estaba repitiendo desde que al volver en sí después de la caída al fondo de la bodega, fue descubriendo las horribles huellas dejadas por aquellos malditos hombres. Aunque dos de ellos habían muerto, no era bastante. León habíase prometido que acabaría con los tres restantes, a pesar de que ignoraba sus nombres y su procedencia.

Preguntábase por qué había bajado hasta allí. ¿Para convencerse de que la esposa de Manuel del Socorro también estaba muerta, como la suya y como sus hijas?

—Yo también debiera estar muerto —se dijo—. Aquel hombre disparó sobre mí.

Soplaba un fresco y húmedo viento nocturno que llegaba del mar. El posadero no sabía qué hacer. Habituado a obedecer a su esposa, ahora se sentía como un niño perdido en el bosque. Necesitaba algo que le impulsara a seguir viviendo. Si no lo encontraba pronto tendría que sentarse en una piedra y esperar la muerte.

Una queja que parecía humana sonó en la noche. León pensó que era un producto de su imaginación o del viento entre las ramas. Repitióse la queja y esta vez le pareció al posadero que llegaba del cuerpo de Consola.

—No puede ser —se dijo.

Instintivamente miró a lo alto del acantilado. La cumbre estaba a

sesenta metros del fondo. Una caída desde allí tenía que ser mortal...

De nuevo la queja. Y además el cuerpo se había movido. Se seguía moviendo. Balanceándose, como si pendiera de algún sitio.

León se acercó a la joven y, efectivamente, el cuerpo colgaba de una rama. En su caída debió de tropezar en otro árbol que crecía a mitad de camino.

En efecto así debió de ocurrir. El primer árbol no pudo soportar el peso del cuerpo de la mujer y la rama que lo sostuvo unos segundos se desgajó, cayendo prendida en la falda. Y aquella misma rama enganchóse luego en otro árbol, que a su vez cedió; pero no antes de frenar la caída de Consola.

Con una energía y vigor de que nunca se había creído capaz, levantó a Consola y rompiendo las ramas consiguió soltar el traje prendido en ellas, luego, llevándola en brazos echó a andar hacia el oeste, sin pensar ni por un momento en dirigirse a su casa, mucho más próxima que la meta fijada en su subconsciente.

Consolación se quejaba débilmente. No parecía tener ninguna herida grave. Sólo contusiones y arañazos. Sin embargo no volvía en sí. Ni aquella noche, ni al día siguiente, que León pasó en una cabaña de pastores. Ni al otro, cuando la dejó en una casita levantada junto a un pozo que alimentaba un abrevadero de ganado. De allí León fue a la costa, a casa de su hermano José, que le prestó un cochecito y un par de mulas para ir a buscar a la *pobre señora viuda*.

León la trasladó a casa de su hermano, cuya mujer convirtióse en su enfermera.

—Yo no sé qué hacer —dijo León a su hermano—. Debiera hablar con el *sheriff*...

—No, no —aconsejó el otro, tan menudo y delgado como León—. No ganarías nada diciendo lo que sabes. No te creerían y, es más, quizá te echaran las culpas de todo. Tú ya sabes lo que sucede cuando uno siente necesidad de pegar un puntapié a un perro, siempre elige al manso, al que no devolverá un par de mordiscos a cambió del puntapié. Nosotros somos mansos. No sabemos morder. Los extranjeros no nos tienen miedo y por eso nos dedican todos los puntapiés que les sobran.

León hizo caso a su hermano.

CAPITULO IX

EL PRISIONERO

El primero que descubrió lo ocurrido en la posada quedó junto al camino esperando que llegara alguien más. Y cuando llegó ese alguien ya fueron dos a esperar que llegase más gente. Y cuando fueron seis, y el camino estuvo embotellado, los seis, muy juntos empezaron a investigar por los alrededores. Descubrieron otro cadáver y luego el cuerpo de Manuel del Socorro.

De momento creyeron que estaba muerto; pero al tocarlo advirtieron que estaba caliente. Le dieron unos golpes suaves y se quejó.

—Está vivo —dijo Pancho, el mandadero.

—Sólo tiene una herida superficial de bala en la cabeza —dijo Aureliano, el traficante de pieles y cueros.

—Hay que llevarlo a Santa Rosa o a San Francisco —dijo Emilio, el ganadero.

—Santa Rosa está más cerca —recordó Pancho.

Lo llevaron hasta uno de los carros, le dieron un poco de agua, le lavaron la cara y por último emprendieron todos el camino de Santa Rosa.

Y como era lógico lo condujeron a casa del doctor Mercadal, quien lo identificó en seguida y, al llegar el *sheriff* de aquella región para enterarse de los detalles de aquel suceso del que ya estaba enterado todo Santa Clara, el doctor le dijo el nombre del herido, explico la visita de Coburn y, sin sospecharlo puso al representante de la Ley sobre una pista formidable.

—Este hombre es un detenido mío —dijo en seguida.

Hizo llamar a sus comisarios y ayudado por ellos condujo al herido a la cárcel. Después envió aviso a Los Angeles por medio de las palomas mensajeras que se utilizaban en casos urgentes.

—Es una pieza magnifica —dijo al médico al visitar éste al herido

—. Aquí donde le ve ha matado por lo menos a dos hombres y ha robado un millón de dólares o poco menos.

—¿Y dónde los tiene?—preguntó al doctor.

—Eso nos lo ha de decir él cuando vuelva en si ¿Será pronto?

—En cualquier momento.

Manuel del Socorro recobró los sentidos a la mañana siguiente. De momento miró a su alrededor. Vio las rejas de la celda, las de la ventana y las de las de otras celdas y comprendió lo que sucedía ¡Estaba preso!

Un *sheriff* al que nunca había visto se acercó a la reja, le miró por entre los barrotes y, por último, entró, dejando en la puerta a un hombre de caídos bigotes armado con una carabina.

—¿Puede hablar, Rodríguez? —preguntó el *sheriff*.

—¿Y mi mujer? —inquirió Manuel.

—Olvídela. Diga dónde está el oro que robó. ¿Dónde lo ha escondido?

Manuel cerró los ojos y no quiso hablar más. Fue inútil que el *sheriff* siguiera haciendo preguntas sobre el mismo tema. Rodríguez no contestó, iniciando un silencio que debía prolongarse mucho tiempo.

Sólo se animó cuando el doctor Mercadal entró en la celda en su diaria visita.

—Doctor... ¿Dónde está mi mujer? ¿Han encontrado su cuerpo?

—No. Nadie sabe nada de ella.

—Yo la vi caer...

—Se cree que puede estar entre las piedras que se derrumbaron la noche en que ocurrió la tragedia; pero mientras no se encuentre su cuerpo no debe perder la esperanza.

—Quisiera haber muerto.

Lo que había muerto en Manuel del Socorro Rodríguez era la esperanza y el deseo de vivir. Aquellas palabras que expresaban su deseo más íntimo y real, fueron casi las últimas que pronunció en

mucho tiempo.

* * *

Primero llegaron correos urgentes de Los Angeles con las preguntas que se debían hacer al detenido. Los Bancos interesados y la «Wells y Fargo» querían saber el paradero del oro. Cuando los correos volvieron a su punto de partida con la noticia de que el preso se negaba a hablar, Los Angeles fue un hervidero de cábalas y de las más dispares decisiones. La calma de la ciudad fue rota por muchos días y al fin se decidió que Manuel debía ser trasladado allí para que se le juzgase en la capital del condado.

La noticia de lo que proyectaba Los Angeles llegó a Santa Clara con una rapidez sorprendente.

También llegó a San Francisco, donde nunca faltaba gente dispuesta a correrse una fiesta de las llamadas «de horca».

En coches, en diligencias, en grandes carros, a caballo y en mula, seiscientos habitantes de San Francisco se trasladaron a Santa Clara. Entre los «turistas» de que se vio invadida la población no faltaban mujeres, sedientas de «horribles y espantosas emociones».

Por la abundancia de cuerdas que llegaban, comprendieron los de Santa Clara las intenciones de sus amigos de Frisco.

—Vienen a linchar a Rodríguez.

Estas palabras se repitieron durante toda la mañana en todo el pueblo. Por fin, en la taberna «El Tiburón Alegre», alguien pronunció la otra frase que muchos habían estado a punto de pronunciar.

—En nuestra casa nadie ha de usurpar nuestros derechos —proclamó Haldane, uno de los considerados como primeros ciudadanos, porque era propietario de la única tabaquería de la ciudad.

Peters, el fabricante de cerveza y licores, le apoyó:

—Tenemos cuerdas y árboles. ¡A por él!

—Si los señores de Los Angeles quieren tener una fiesta, que vengan a celebrarla aquí —observó el señor Mower, el empresario de Pompas Fúnebres.

Cuando los de Frisco se dirigían hacia la cárcel en apretada masa, vieron llegar, por el otro extremo de la calle, a los linchadores que representaban a Santa Clara.

Hubo un momento en que pareció que los dos grupos decidirían a tiros cuál de ellos debía celebrar la fiesta. El cálculo de las posibles víctimas hizo estremecer de emoción a Mower.

Haldane y Peters, que tenían sus establecimientos en aquel lugar calcularon los destrozos que se producirían en ellos y optaron por recomendar primero calma, luego un armisticio y, por último, un plan de cooperación.

Los de Frisco, por estar lejos de sus bases de operaciones no abrigaban la esperanza de llevar la mejor parte en el encuentro. En primer lugar porque eran menos que los de Santa Clara y éstos podían cortarles las comunicaciones. Y en segundo lugar, porque de los pueblos cercanos llegaba continuamente gente armada.

Por ello la discusión fue corta y el acuerdo rápido. Los dos grupos se fundieron en uno solo y Haldane en representación de Santa Clara, y Frisco Jenny, en representación de San Francisco llamaron a la puerta de la cárcel.

El *sheriff* abrió en seguida e hizo pasar a la dama de San Francisco y al tabaquero de Santa Clara.

—No deben hacerme esto —suplicó el *sheriff*.

Su voz, que tenía más de balido que de otra cosa, descubrió que estaba dispuesto a ceder a la más ligera presión. Haldane y Frisco Jenny se unieron en la tarea de apretarle los tornillos.

—Dénos al detenido y no discutamos.

—¿Y mi responsabilidad? —preguntó el *sheriff*.

—Si no obedece en seguida perderá la responsabilidad y la cabeza —gritó Jenny.

El *sheriff* vacilaba como una caña movida por el viento. Detrás de él, Martins, su primer comisario, le miraba con no disimulado desprecio.

—Meta a estos dos mamarrachos en una celda y diga a los de fuera que si no se marchan empezaré a tirarles cartuchos de barrenar —dijo.

El *sheriff* le miró como si oyese una blasfemia. Haldane sintió un largo escalofrío y Prisco Jenny percibió un hormiguero en la raíz de cada uno de sus rojos cabellos.

—Debemos ceder, Martins —tartamudeó el *sheriff*—. No podemos exponer vidas honradas defendiendo la de un hombre que, al fin y al cabo, está destinado a la horca.

—No es lo mismo, jefe —replicó Martins—. Esa gente que ahora se amontona frente a la cárcel y pide que se le entregue el preso, se avergonzará, luego, de haberlo hecho. Y mucho más si usted cede y les da el preso para que lo linchen. Ese crimen pesará sobre sus conciencias.

—¡Pues allá sus conciencias! —gritó el *sheriff*.

—Es que a la hora de buscar a un culpable, dirán que sólo existe uno: Usted, por haberles dejado sacar el preso.

—¡Que se lo lleven y que hagan con él lo que quieran! —chilló el *sheriff*—. ¡Abrid las puertas!

Los otros comisarios, que temían verse colgados de un árbol, abrieron las puertas de la cárcel, en la que entró un alud de energúmenos enarbolando palos y cuerdas.

Manuel se dejó sacar de la celda sin ofrecer resistencia alguna ni pronunciar una súplica, privando así a los que le arrastraban hacia el álamo de las ejecuciones, de una de las partes más sabrosas de aquellos horribles juegos.

En su afán de alcanzar un buen sitio para ver el linchamiento lo más cerca posible, el público se apelotonaba en torno del álamo, presentando una densa barrera a los que traían al preso. Durante unos minutos lucharon los unos por avanzar y los otros por no ser desalojados del lugar escogido.

—Si no dejáis pasar lo ahorcaremos en otro sitio —amenazó el señor Haldane.

Como había otros árboles y, además, existían faroles, dinteles de puertas altas, andamios y otros lugares a propósito para colgar de ellos a un hombre, los que pretendían conservar sus localidades, cedieron, abriéndose un estrecho callejón que iba hasta el pie del árbol. De la rama más gruesa ya colgaban doce o catorce cuerdas con nudos corredizos de diversos tipos.

Elijah Burnett, periodista del Sun, de San Francisco, no había podido hallar un buen sitio para' presenciar la ejecución. Como los linchamientos no eran ninguna novedad para él y se sabía capaz de describirlos con los más horribles y morbosos detalles, volvió hacia su jardinera, subió a ella y emprendió el regreso a San Francisco. De cuando en cuando escribía unas notas referentes a las personas importantes en la vida de San Francisco y que estuvieron presentes en la ejecución del mejicano Rodríguez.

Un jinete vestido de negro y cubierto con un sombrero mejicano pasó junto al coche, cuando éste salía de Santa Clara. Burnett no se fijó en él y con ello cometió el mayor error de su vida haciendo publicar a su periódico una noticia falsa. Esto, en sí, no tenía nada de particular. Publicar noticias falsas importaba poco a los editores del Sun; pero lo que sí les disgustó fue no decir nada de la intervención del «Coyote» y de lo que sucedió luego.

Mientras Haldane y Frisco Jenny llevaban a Manuel hacia el árbol, el *sheriff*, no queriendo discutir con su comisario les siguió como un espectador más de la fiesta.

Jenny y Haldane alargaron a la vez la mano derecha hacia una de las cuerdas que lucía un perfecto nudo de horca. La multitud empezó a bramar de alegría, disfrutando de cada uno de aquellos horribles segundos, paladeando por anticipado las emociones.

Estas fueron muy superiores a lo que se esperaba. Los que miraban hacia la blanca mano de Jenny y la más oscura de Haldane presenciaron un suceso bastante divertido.

Un disparo crepitó secamente, en el momento en que el tumulto se había aplacado. Una bala zumbó sobre las cabezas de todos y fue a pegar en las manos de Jenny y el tabaquero. Como aquellas manos estaban juntas, bastó un proyectil para atraversarlas, destrozándolas para siempre y obligándolas, en seguida, a desistir de alcanzar la cuerda.

El estupor que inmovilizó a los linchadores duró muy poco. Varios lazos cayeron en torno del cuello de Manuel del Socorro, mientras los demás buscaban al autor del disparo, creyendo que éste había llegado de la oficina del *sheriff*.

Allí no se veía a nadie ni señal alguna de que se hubiera hecho un disparo.

—¡Es el «Coyote»! —gritó de pronto un hombre, echando a correr

en claro abandono del terreno.

Más de cien le siguieron; pero los más se quedaron porque deseaban hacer frente al enmascarado o bien porque se creyeron protegidos de los disparos del californiano por la ancha muralla humana que se interponía entre el enmascarado y ellos.

Quizá el más sereno e indiferente era Manuel del Socorro, que, de pie, debajo de la rama llena de lazos, esperaba lo que el Destino le reservase.

El «Coyote» no desperdició aquellos momentos de indecisión de los linchadores. Espoleando su caballo cruzó lateralmente la calle y antes de que el *sheriff*, que ya le apuntaba con su «Colt», pudiera disparar, se le anticipó y de un tiro le deshizo una oreja a la autoridad civil de Santa Clara. El proyectil aún conservó fuerza bastante para romper el brazo del curioso que estaba detrás del *sheriff*.

De momento creyeron los linchadores que el «Coyote» había limitado su aparición a hacer un simple acto de presencia. La idea de que estaba lejos puso en ebullición el valor de aquellos cobardes.

Pero el valor duró poco. El «Coyote» había entrado en la tabaquería de Haldane, en uno de cuyos ángulos se vendían cartuchos para barrenos, y cogiendo un puñado se los metió en el bolsillo del pantalón. Luego, de una caja de habanos sacó un cigarro, lo encendió y fumando tranquilamente salió por la puerta principal con el revólver en la derecha y un cartucho en la izquierda. Dando una chupada al cigarro, para avivar la brasa, acercó a ella la mecha y antes de tirar el explosivo sobre el público, advirtió:

—¡Cuidado, que hace daño!

Se acabaron los valientes y cada cual corrió hacia donde pudo.

Martins cogió del brazo a Manuel y lo llevó hacia la cárcel. Durante casi un minuto estuvo de espaldas al «Coyote», sin que éste hiciera nada contra él.

Estalló la primera carga y luego la segunda, y la calle quedó vacía. Pero la situación del «Coyote» no mejoró mucho. Había alejado a los linchadores; pero ahora estaba solo frente a una multitud de enemigos parapetados tras las ventanas y puertas de las casas o escudándose detrás de los barriles y pilas de mercancías. Desde todos estos sitios iniciaron un nutrido tiroteo contra él.

Tiraban mal; pero a veces las mejores balas llegaban a su destino conducidas por el azar.

El «Coyote» se parapetó detrás del indio de madera que durante muchos años sirvió de distintivo a las expendedurías de tabaco. Aquellos indios solían ser de roble bien aceitado o de caoba, y sus cuerpos eran un buen escudo contra las balas.

El indio de Santa Clara había sido comprado en Boston. Era un último modelo. Con la mano derecha apretaba un mazo de puros de madera en el que clavaba un cartelito anunciando cigarros habanos. La cara de la figura expresaba una indiferencia que resultaba trágicamente cómica en aquellos momentos.

Parapetado tras el cuerpo del indio, asomando una parte del sombrero, el puro encendido y el humeante revólver, el «Coyote» disparaba con pausados movimientos, apuntando cuidadosamente, para no desperdiciar ni una bala.

El piel roja, sin perder la serenidad, iba recibiendo proyectiles que empezaban a alterar su aspecto. El «Coyote» oía los impactos en el esperpento y en los cristales del escaparate de la tabaquería. Se imponía la retirada, antes de que se la cortasen los que iban a esperarle a la salida del pueblo.

Haldane, se tiraba de los pelos cada vez que llegaba hasta él el estruendo de los vidrios rotos. Imaginaba el estado en que hallaría su tienda y pensaba más en ella que en la mano que le estaba curando el doctor.

—No le dé tanta importancia a su tabaquería, hombre —refunfuñó el médico—. Piense en su mano. La tiene muy mala.

—¡Al diablo la mano! —gritó Haldane—. Esta mano no me costó ni un centavo, y, en cambio, la tienda me ha costado cincuenta mil dólares y no sé qué va a quedar de ella.

Frisco Jenny que se había acercado a la ventana para ver cómo seguía el combate le fue dando detalles del mismo.

—Al indio le han volado no menos de siete plumas. ¿Son de verdad o de madera pintada?

—Son de madera. Es un indio de una pieza...

—Se le nota. Ni pestañea. Ahora le han metido un balazo en el

pecho. Parece que esté sangrando.

—¡Dios mío! —sollozó Haldane—. Es el depósito de aceite.

—¿De qué?

—Sí. Ya no me sirve de nada.

—Esos indios tienen un depósito interno que se llena de aceite. —explicó el doctor—. Cada año se renueva. El aceite impregna la madera y evita que se agríete.

—Ahora acaba de tirar un cartucho en medio de la calle —explicó Frisco Jenny—. ¿Lo ha oído estallar?

—¿Cree que soy sordo? ¿Qué se ve?

—Nada. El polvo y el humo lo cubren todo. Pero... Me parece que el «Coyote» se ha marchado. ¿Oye el tiroteo?

Una atronadora explosión conmovió todo el pueblo hasta sus cimientos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Haldane, a quien el doctor Mercadal casi no podía curar.

—No se preocupe más por su tabaquería ni por su indio —dijo Jenny.

—¿Por qué no me he de preocupar? Tengo derecho a hacerlo...

—Sí; pero ya no tiene tienda. Y su amigo Peters, tampoco. Han volado las dos. Se ve que el «Coyote» tiró dentro los cartuchos que le quedaban.

Durante unos cinco minutos, Mercadal pudo seguir curando a Haldane sin que éste hiciera comentario alguno, ni movimiento.

Se había desmayado.

El único alegre era Mower. Siete entierros para el día siguiente era un buen resultado de la batalla. Y entre los muertos figuraba el *sheriff*, con una bala en la espalda. Como se trataba de un proyectil del 52 debía descartarse la culpa del «Coyote» en la eliminación del *sheriff*. Sin duda alguien había aprovechado la oportunidad para saldar alguna antigua deuda.

Martins le sustituyó interinamente, hasta que se celebraran las elecciones, y, al tomar posesión de su cargo, anunció:

—Y si alguien piensa en repetir el intento de linchar a mi prisionero, le aseguro que lo de hoy no será nada en comparación de lo que ocurrirá.

Por su parte, el «Coyote» salió de Santa Clara sin ser molestado por nadie y, en apariencia ya no volvió a ocuparse de Manuel del Socorro Rodríguez, de cuyo linchamiento el Sun de San Francisco publicó una información detalladísima, con un grabado al boj de la víctima y otro del momento de su airada ejecución.

Por desgracia, aquel periódico fue entregado a Consolación Vázquez por José, el hermano de León, que estaba seguro de obrar cuerdamente haciendo conocer, con tan «fina diplomacia», el fallecimiento del esposo de Consola.

El día siguiente, el Sun publicó una breve rectificación de su error; pero la escondió tan bien, que apenas cinco o seis personas la descubrieron, y éstas, quedaron en la duda de si además de linchar a Manuel del Socorro Rodríguez, se había colgado, también, al «Coyote».

Días más tarde, Consola se despidió de José. Le dio las gracias por su hospitalidad y, acompañada por León, fue al sitio donde Manuel ocultara el dinero bajo la piedra. Estaba en el mismo sitio.

—No lo quería para mí —explicó a León—. Es para mi hijo. Sólo vivo por él. Si no fuese por ese último recuerdo de Manuel, me dejaría morir. ¡Y no me alegro de haber escapado a la muerte!

CAPITULO X

LAS MAÑAS DEL «COYOTE»

Sólo una persona hubiera podido conseguir que a Manuel del Socorro Rodríguez se le declarase inocente. Esta persona era Bruce Coburn. Pero el ex comisario no sentía ninguna veleidad filantrópica. El mismo Manuel le puso sobre la pista de la verdadera identidad del asesino.

Aquella pista empezaba y terminaba en el «Póker de Calaveras».

Isaías Barclay habíase ausentado de San Juan. Martha Ladoux vivía encerrada en la taberna, dejando su cuidado a un par de camareros. Había anunciado su intención de venderla y recibió ofertas importantes, que rechazó por no alcanzar la suma que ella se había fijado.

La visita de Bruce Coburn la sorprendió bastante.

—No sé quién es—dijo—. ¿Qué aspecto tiene?

—Ni bueno ni malo —contestó el camarero—. Es joven y yo no diría que parezca rico. Por eso mismo tampoco diría que no lo sea.

Por fin, Bruce llegó ante Martha Ladoux, que vestía de luto a pesar de que la mitad de San Juan sabía que Fierre Ladoux no era su padre, sino algo totalmente distinto. El deseo de evitar que sus malandanzas llegaran a los oídos de otra mujer, aconsejo a Pierre este subterfugio. Pero la discreción se impuso en San Juan de Río Negro, y la gente que sabía la verdad fingió creer que a Martha Ladoux la conmovía profundamente el saberse huérfana.

—¿Qué desea? —preguntó Martha a Coburn. —Comprar la taberna, señorita. Está en venta, ¿no?

—Sí. ¿Cuánto ofrece por ella?

—Mi silencio.

—¿Se burla de mí, caballero?

—¡Dios me libre de ello! Mi silencio vale, por lo menos, doscientos cuarenta mil dólares.

—Pues no lo derroche conmigo.

—No lo derrocho, puesto que estoy hablando. Y también he hablado con Manuel del Socorro Rodríguez, quien me contó el incidente del puñal.

—Sí se refiere al asesinato de mi padre, le agradeceré que cambie de conversación. Me parece de mal gusto.

—Sí —admitió Coburn—. Tiene sabor a cáñamo, ¿no le parece? De ese que hacen corbatas —agregó, llevándose la mano al cuello.

—¿Qué le dijo Manuel del puñal?

—Me dio algunos detalles, que yo anoté para su examen. El ignora quiénes son sus enemigos. Yo lo sé.

—¿Por qué no hace un favor a su amigo y le descubre la verdad?

—Porque yo no hago favores a quien no me los puede pagar. Me gusta la taberna. Usted no la necesita.

—¿Qué más sabe?

—Sé que cierto caballero oyó cierta conversación a la puerta de cierto joyero.

—Con vaguedades no me convencerá.

—Ya lo sé. —Bruce cambió el tono amable usado hasta entonces, por otro más duro. —En la calle espera un amigo mío. Es comisario del *sheriff* de Los Angeles. Si encontrase la huella que dejó un cuchillo en el entarimado, quizá se descubriese una parte de la verdad, que permitiría descubrir el resto.

—No soy cobarde —previno Martha.

—No somos cobardes... —rectificó Bruce Coburn—. Los dos iremos lejos; pero, al fin, usted subiría trece peldaños de madera de pino sin cepillar y colocada sobre una trampa...

Martha no pudo contener un escalofrío.

— ¡Cállese! Está desvariando. No sé nada de lo que me dice.

—Sí lo sabe. Y para que se dé cuenta de que no la engaño, quiero que sepa lo que ha sido de los veinticinco mil dólares que un caballero amigo... suyo colocó en un coche.

Martha interrogó con la mirada al antiguo comisario.

—De aquellos veinticinco mil dólares llegaron a mis manos nueve mil.

—¿Cómo es que no se ha dicho nada de ese dinero? —preguntó Martha.

Era ya una confesión.

—Porque se lo repartieron tres amigos inteligentes.

Coburn se levantó y dio un paseo por la sala.

—Es magnífico. ¿De veras no quiere aceptar ni un par de dólares por este local?

—Quizá ofrece mucho —dijo, irónica, Martha.

Coburn respondió con una sonrisa. Durante mucho tiempo sería dueño del «Poker de Calaveras», y en el umbral de la cocina haría colocar un aro de oro en torno a la señal que un cuchillo había dejado en el suelo.

El silencio de Manuel y el que no sospechase hasta mucho tiempo después la posibilidad de que Barclay y Martha fueran los asesinos de Pierre Ladoux, unido a su silencio, no hicieron más que favorecer los planes de sus enemigos.

* * *

La energía de Martins consiguió que Manuel fuera embarcado y conducido a San Pedro. Del Fuerte Moore se envió una escolta militar y cuatro cañones cargados con botes de metralla. Entre unos y otros se consiguió que el detenido llegara sano y salvo a Los Angeles, cruzara por entre una compacta masa de gente que deseaba repetir con mejor fortuna la suerte de Santa Clara y, por fin, que pudiera ser encerrado en una celda del fuerte hasta el momento de comparecer ante el tribunal.

Este se reunió dos meses más tarde, y la sala del fuerte que se utilizaba para los juicios importantes resultó incapaz para los que a toda costa deseaban presenciar la vista.

Esta duró doce días y al tercero ya había decepcionado a la casi totalidad de espectadores.

—Ese chico está loco... —gruñía don Goyo—. No contesta a nada, no dice que sí, ni que no. Si estuviera deseando que lo condenasen no lo haría peor.

En apariencia, Manuel deseaba que le condenasen. Sin interés por su propia vida, bostezaba durante los interrogatorios de los testigos de cargo y mantenía la vista fija en el suelo durante el desfile de testigos favorables.

El anciano don César de Echagüe y su hijo y la prometida de éste, asistían al juicio. El señor de Echagüe dejó de ir en seguida, diciendo:

—Me irrita ver a un hombre emperrado en suicidarse.

Leonor también dejó dé ir a los pocos días. Sólo César de Echagüe asistió a todas las sesiones.

El día antes de que se dictara sentencia, César comentó con Leonor de Acevedo [2]:

—He oído a todos los testigos y Manuel parece culpable. El jurado le tendrá que condenar y no cometerá ninguna injusticia. Sin embargo, yo le creo inocente. ¿Por qué no se defiende? Quisiera saber qué motivos tiene para adoptar esa actitud. Es como si se resignase a una suerte inevitable. Su defensor está desesperado. Dice que no le ayuda. Tiene razón. —¿No hay esperanza?

—Ninguna. Además, se ha hecho antipático a los jurados. Cuando alguno de ellos ha pedido una aclaración de algún punto favorable a Manuel, éste le ha mirado con desprecio, como diciéndole que no le agradecía su aportación.

—¿Y le condenarán a muerte?

—Claro. Son dos crímenes en San Juan y por lo menos dos más en el camino de San Francisco. Ese incidente es el menos claro. Han desaparecido la mujer de Manuel y el marido de la posadera. Creo que le echarán una pena de muerte por lo de San Francisco y dos por lo de San Juan.

No fue así. El jurado le reconoció inocente de cuanto ocurrió en la carretera de San Francisco, ya que las pruebas eran muy escasas. En cambio, le declaró culpable de asesinato en primer grado en relación a la muerte de Pierre Ladoux, con el agravante de tratarse de un crimen y un robo. También le reconoció culpable del asesinato de Elías Baum.

El juez militar pronunció con hueca voz la sentencia por la cual se dictaban dos penas de muerte en la horca contra el acusado. La sentencia se debería cumplir dentro de la octava semana a contar del día de la sentencia.

—Que Dios tenga piedad de su alma —terminó el juez.

Y ante el asombro y casi horror de todos, Manuel del Socorro contestó:

—Muchas gracias.

La dijo serenamente, sin ninguna mordacidad ni ironía, como si agradeciera uno de esos pequeños favores para los cuales ya existe un tono de voz y una expresión inmutable.

— ¡Es formidable! —exclamó don Goyo, cuando salía de la fortaleza.

César de Echagüe rectificó:

—Es un idiota. Pudo salvarse y prefiere que le ahorquen.

—No quiere favores yanquis.

—Pues ha agradecido la sentencia como si fuese un gran favor.

—Ha sido una broma —dijo, sin ninguna seguridad en sus palabras, don Goyo.

—Si usted lo dice... Pero no lo repita muy alto.

* * *

Nadie supo quiénes eran las personas que trabajaban por la anulación de la sentencia. Los mejores amigos de Manuel eran don Goyo Paz, que era cor-dialmente odiado por cuantos representaban en California al Gobierno Federal, y que, además, hubiera sido incapaz de suplicar un favor para él mismo. El otro amigo era el hijo de don César de Echagüe, cuya indolencia era tan famosa ya, que se le juzgaba incapaz de interesarse por nadie.

Pero alguien trabajaba activamente. Primero se retrasó dos meses el cumplimiento de la sentencia. Luego otro mes. Cuando ya sólo faltaban unos minutos para salir de la celda en dirección al cadalso, llegó un tercer aplazamiento, al que siguió un cuarto.

Para los americanos se hizo correr el rumor de que se le conservaba vivo a fin de obtener de él los informes necesarios para recuperar el oro. Esto les calmó y, cuando, por fin, llegó el indulto de las penas de muerte y la condena a cadena perpetua, casi nadie se enteró del asunto y, mucho menos, le dio la importancia que siete meses antes hubiera tenido.

—Esto se lo debe usted al «Coyote» —dijo el abogado defensor a Manuel—. Sé de muy buena tinta que ha trabajado mucho en su favor.

—Hubiera preferido terminar en unos segundos... —contestó Rodríguez—. Así sufriré durante cuarenta o cincuenta años.

—Mientras hay vida hay esperanza. —dijo torpemente el abogado.

—¿Dónde está la vida? —preguntó Manuel—. ¿En mí? ¡Bah!

Fue trasladado al presidio de San Quintín y durante un año no quiso recibir ninguna visita. Sólo el día en que le anunciaron que el señor León quería verle accedió a pasar al locutorio.

—Creí que estaba usted muerto —dijo al posadero.

Este bajó la cabeza.

—También nosotros lo creíamos de usted.

—¿Nosotros?... ¿Quiénes son ustedes?

León no se atrevía a mirar a los ojos de Manuel.

—Ella —dijo, por último.

—¿Acaso se refiere a Consolación?

León asintió.

—¡No me diga que vive!

—No se lo puedo decir —respondió el hombrecillo—. Ha sido horrible como se complicaron las cosas. Un perjudico de San Francisco publicó la noticia de que usted había sido linchado en Santa Clara. Incluso se publicó su dibujo.

León explicó lo ocurrido aquella noche, cuando le creyeron muerto a tiros y luego...

—La primera noticia que llegó a nosotros fue que le habían matado otra vez. Ella no supo que usted vivía hasta después del nacimiento de la niña.

Manuel sintió que los ojos se le llenaban de fuego y que se consumían las lágrimas que deseaba derramar.

—¿Por qué me dice eso ahora? —preguntó.

León seguía evitando la mirada de Manuel.

—Al nacer la niña ella no sentía ningún deseo de vivir. Hubo que avisar a los padres de la señora Consolación para que se legalizara el nacimiento de la niña. Entonces supo que usted no había muerto, que estaba en la cárcel y que... la niña tendría que ser la hija de un presidiario.

—¿Y qué hizo? —preguntó muy despacio Manuel.

—Se anuló el matrimonio, basándose en no sé qué detalles.

—Le he traído documentos, recortes de periódicos y... el certificado de defunción de las dos.

—¿De Consola y de mi hija?

—Sí. Perdóneme por traerle estas horribles noticias; pero ella quiso que lo hiciese. Cumplo su última voluntad.

—Siga. Ya nada puede dolerme.

—La señora hizo anular el matrimonio porque estaba convencida de que su hija sufriría menos siendo hija de ella que siendo, además, la hija de un hombre acusado de los delitos que pesan sobre usted.

—Yo no he cometido ningún crimen, León.

—Le creo.

—Ya lo sé y ¡maldito lo que me importa que me crea¡ ¿Qué más ocurrió?

—Con el dinero que ocultaron debajo de una piedra la señora prosperó un poco. La niña era muy bonita. A mí me llamaba León.

—Y a mí nada... —musitó Manuel.

—No le conocía.

— ¿Qué pasó?

—Hace poco que se produjeron algunos casos de fiebres orientales. Las trajo un barco chino. Fue rápido e inesperado.

—¿Así? ¿Es posible que se pueda morir así un ser querido, sin que nosotros nos demos cuenta? ¿En qué pensaba yo el día de su muerte?

El hombrecillo no podía contener su nerviosismo.

—Ella deseaba salvar a su hija de la triste influencia que en la niña hubiera causado venir a esta cárcel, el ver a su padre entre rejas...

—No me diga nada. No sabría explicarme lo que deseo conocer. ¿Puede hacerme un favor? Dígale al padre Pagés que venga a verme.

—Murió.

Manuel quedó silencioso.

—¿Puede hacer algo más por mí? —pidió al fin.

—Lo que usted me ordene.

—Necesito saber día a día, o por lo menos mes a mes, lo que hacen Isaías Barclay y Martha Ladoux. Yo le diré dónde puede encontrarlos. Si algún día salgo de la cárcel será para volver a ella con más razón que ahora.

Y así, durante veinte años, León visitó a Manuel del Socorro cada trimestre. Por él supo el preso el casamiento de Isaías Barclay y Martha Ladoux. El cambio de apellidos. Cómo se llamaban Isaías y Martha Jardine. Sus prosperidades, el nacimiento de su hija...

—Mataré a los tres —prometió muchas veces, hasta que la idea de matar a una joven, a Martha y a Isaías dejó de producirle emoción.

CAPITULO XI

QUE EN REALIDAD DEBIERA DE HABER

APARECIDO EN «ANALUPE DE MONREAL»

El senador Stoneman era uno de los más atildados miembros del Senado. Era muy joven y, además, era atractivo rico, elegante, amable y poseía una elocuencia de gran valor para su carrera política.

Sólo Stoneman era capaz de vestir un disfraz como el que le cubría. Caballero de la Corte de Luis XV. Peluca empolvada, pantalón corto, medias de seda, espadín, casaca. Todo llamativo y que en cualquier otra persona hubiera resultado estrafalario. En él no. Stoneman era perfecto como un caballero del siglo dieciocho, y lo hubiera sido también vestido de cavernícola, paseando una cachiporra en vez de un

espadín.

Su criado le trajo la capa, el antifaz y la invitación remitida por el presidente con motivo de un baile de máscaras en la Casa Blanca.

—¿Falta algo, *mon ami*? —preguntó el senador.

—*Rien ne va plus*. —contestó el criado, cuyo conocimiento del francés se limitaba a lo que había oído en las salas de juego.

—*Merci* —contestó Stoneman, cada vez más en su papel de caballero francés.

Su coche le esperaba fuera, frente a la casa. Subió a él de prisa, sin decir nada al cochero, pues le sabía enterarlo del punto de destino. Al cerrar la puerta e ir a sentarse tropezó con algo que no debía de estar allí.

—¡Van dos señores pisotones seguidos, señor senador! —refunfuñó una voz.

—¡Eeeh!... ¿Qui... quién es usted?

—Siéntese y se lo explicaré, senador —dijo el desconocido, cuyo rostro se ocultaba en la oscuridad protegido por un negro antifaz.

—¡Baje de mi coche o le...! —empezó Stoneman.

—Si se pone estúpido le pegaré un tiro, senador —cortó el otro.

Dentro del coche se oyó el chasquido de un percur-sor al ser montado y al momento el senador tuvo ante sus ojos el reluciente cañón de un revólver.

—¡No se atreverá! —gritó Stoneman.

—Sí me atreveré, porque me es usted antipático y nunca he vacilado en matar a los que me eran antipáticos.

—¡Dios mío! ¡Está usted loco?

—Sí. Siéntese y hablemos como seres normales.

—Pero si está usted loco...

—He leído sus discursos y ahora le veo vestido de figura de porcelana. Las dos cosas son sumamente frágiles. ¿Se quiere sentar de

una vez? ¿O prefiere que le abra la cabeza de un culatazo?

El senador se sentó.

Al hacerlo notó que el desconocido le quitaba el sobre con la invitación al baile. Una terrible sospecha cruzó por su pensamiento.

—¿Pretende asesinar al presidente? —preguntó.

—Sí. ¿Cómo lo ha adivinado?

—Debo hacer algo, aunque usted me mate.

—Bien. Haga algo y le mataré. ¿Y luego, qué?

—No bromee. ¿Por qué quiere matar al presidente?

—Porque así le harán unos funerales preciosos. Y como ya estamos cerca de la Casa Blanca, le comunico que usted se queda mientras yo echo un par de bombas en la sala de baile. Su cochero no es el suyo, sino el mío, y también está loco.

—Pero... ¿Quién es usted?

—¿Sabe guardar un secreto?

—Sí.

—Yo también. Vaya pensando. Hasta luego, senador.

Stoneman tuvo un arranque de valor y quiso advertir con un chillido a la guardia presidencial; pero como si el otro estuviera aguardando aquel momento, levantó su puño de granito y, sin necesidad de más, el político se hundió en un sueño poblado de centelleantes luces.

El compañero de coche del senador saltó al suelo cuando el vehículo se detuvo frente a la puerta, cruzó el jardín, devolviendo los saludos que le dirigían, mostró tres veces su invitación y cuando uno de los oficiales que se la pidió inquirió, señalando los dos revólveres, si estaban cargados, respondió:

—¡Oh, no, teniente. Pesarían demasiado.

Subió por la escalera, entró en el vestíbulo, presentó de nuevo su invitación, siguió el camino que un ujier le indicó y, por fin, su invitación pasó definitivamente a manos de un mayordomo, que

anunció con voz tenante:

—¡Senador Stoneman! En voz baja preguntó:

—¿De qué va disfrazado, señor?

El senador lo dijo y el mayordomo siguió, tras una vacilación:

—Su disfraz, es de «Coyote?

Ulyses S. Grant, que no se había molestado en mirar hacia la puerta al oír el nombre del senador, volvióse ahora vivamente, miró al hombre que lucía el extraño disfraz y, sonriendo, fue hacia él con las manos tendidas.

—¿Qué tal, mi querido «Coyote»?

—¿Y usted, mi querido general?

—En estos momentos me encuentro en mejor situación que usted.

—Su vida pende de un hilo, excelencia —advirtió el enmascarado.

Ulyses S. Grant no lucía disfraz alguno. Su aspecto era algo mejor que en la última entrevista que don César de Echagüe sostuviera con él. El motivo lo sabían muy bien los dos hombres.

—Es usted muy audaz presentándose así en esta casa. ¿Qué ha hecho con el pobre Stoneman? ¿Lo ha matado?

—Sólo le di un puñetazo, excelencia.

Los invitados comenzaron a murmurar entre sí acerca de la cordialidad que el presidente demostraba al senador. Se anunciaban cambios en el gabiente y sería cosa de renovar las amistades con Stoneman.

—¿A qué ha venido, señor «Coyote»?

—A recibir el premio por mi ayuda en el asunto de los millones.

—Prometí estrecharle la mano. Aquí la tiene.

—Muchas gracias.

Los dos hombres cambiaron un apretón de manos en el que pusieron una pundonorosa energía.

— ¡Ya está! —dijo el presidente—. ¿Necesita algo más?

—Sí. Se trata de conseguir la libertad de un preso.

—¿Qué clase de preso? ¿Político?

—No. Le acusaron de dos asesinatos y un robo o dos.

—¿Qué pena mereció?

—Dos de muerte y luego, a cambio, dos perpetuas.

Lleva veinte años en la cárcel. Está en San Quintín y se llama Manuel del Socorro Rodríguez.

—No puedo hacer nada por él, amigo mío. Carezco de autoridad sobre las prisiones de los Estados. El gobernador de California es el único en condiciones de indultar a ese hombre.

—Un ruego del presidente bastaría...

—No lo crea. Esos gobernadores están tan celosos de su autoridad, que para demostrarla niegan cuanto se les pide desde la capital. Pídame otra cosa. ¿Qui-res un par de regimientos para asaltar el presidio y liberar a tu amigo?

—No. Necesito un indulto por buena conducta.

—Lo lamento. Es lo primero que. me pide y no puedo complacerle.

—No se preocupe. Cuando me marche dejaré una bomba debajo de su sillón. Y ya me marcho.

—No lo haga —pidió el presidente, apoyando una mano en el hombro del «Coyote»—. Debe de haber algo en que yo pueda serle útil.

—Esto era lo único y se lo he pedido porque se trata de un inocente.

—Siempre son inocentes...

—Cuando yo lo digo es que no se trata de un culpable.

—Ya lo sé Perdóneme. Estos tiempos son muy difíciles. Y no lo han sido más gracias a usted.

—De poco me sirvió ayudarle. Adiós, general.

El «Coyote» saludó al presidente y cruzando a grandes zancadas el salón se marchó sin ocultar su disgusto.

—¿Qué clase de disfraz era el del senador Stoneman? —preguntó una joven.

—De «Coyote» —explicó Ulyses S. Grant—. Se trata de un hombre a quien unos bendicen y otros persiguen con ganas de matarlo.

—¿Quién lo persigue?

—La policía, algunos *sheriffs* y bastante soldados.

—¿Y quién lo bendice?

—Mucha gente de toda condición social.

—Ya sé. Debe de ser una especie de bandido generoso, de Quijote moderno...

—Exacto —asintió el general.

—Entonces —siguió la muchacha— sólo le bendecirá la gentuza miserable que vive en cabañas...

—Puede que sí —sonrió tristemente el general Grant—. Yo también le bendigo, señorita Daly; pero quizá se deba a que yo también he vivido entre gente miserable y en cabañas muy incómodas. Campesinos vestidos de soldados que morían ganando la guerra, mientras que otros hombres, demasiado distinguidos para vivir, entre gentuza, se quedaban aquí haciéndose ricos.

—Le suplico me disculpe, excelencia —pidió la señorita Daly—'. Temo haber sido impertinente...

—No, señorita, yo he sido grosero, olvidando mi sexo y mi posición. Sin embargo, si alguna vez le dice alguien que los yanquis sólo tienen un enemigo y que éste se llama el «Coyote», responda que yo siempre prefiero un enemigo noble a un amigo traicionero, y que, una vez, cuando necesité pedir un favor para mi Patria, tuve que acudir al «Coyote».

—¿Y se lo hizo?

—Sí. Y ahora acaba de cobrar su importe: un apretón de manos en

la Casa Blanca.

—¡Cómo! ¿Era el verdarero «Coyote»?

—Lo parecía. Como nadie conoce su rostro... ¿Quién sabe? Y ya ve, él me hizo un gran favor y yo no sé si podré pagárselo con un favor muy pequeño. Usted podría hacerlo... Yo no.

—¿Yo? ¿Dice usted que yo puedo hacer un favor al «Coyote»?

—Su padre es el gobernador de California. Si me concede el primer baile de la noche le explicaré...

EPILOGO

—No trajo usted muchas cosas de valor, Rodríguez —dijo el alcaide del penal, entregando a Manuel del Socorro Rodríguez el dinero y los objetos personales que fueron hallados en su poder al detenerle.

—No los recordaba... —confesó Manuel—. ¡Veinte años encerrado entre estos muros!

—Pero ya sale. ¿Qué piensa hacer ahora?

—Saldar algunas deudas antiguas, matar a unos enemigos y quizó volver por aquí.

El alcaide se abstuvo de hacer comentarios. Entre sus manos tenía una pulsera de plata ennegrecida por el tiempo.

—Es raro que un hombre lleve encima una pulsera. Es bonita.

—Ahora no. Cuando estaba viva era mucho mejor.

—¿Viva? ¿Qué quiere decir?

—No me comprendería. Y no hay otra forma de explicarlo. Ahora no sirve de nada. Es un cadáver. Pero se me ocurre que la podré utilizar para algo.

—¿Puedo preguntarle para qué?

—No le diría la verdad.

* * *

—Aquella misma mañana, Manuel del Socorro entró en una armería.

—Quiero dos revólveres modernos. Me han hablado de los «Colts» último modelo...

El empleado colocó ante él un magnífico surtido de armas de fuego.

—Todos son hermosos —dijo Manuel—. ¿Podría hacerme un favor?

—Lo que usted diga.

—Tome esta pulsera —dejó junto a los revólveres la pulsera de serpientes y llamas—. Fúndala y con el metal hágame seis balas. Quiero seis cartuchos cargados con balas de plata.

—No entiendo. ¿Por qué quiere destruir una joya tan hermosa?

—Porque hubo un tiempo, hace veinte años, en que esta pulsera era peligrosa... Y deseo que vuelva a serlo.

—Como usted mande, señor. ¿En qué calibre quiere que se carguen los cartuchos?

—Cuarenta y cinco. Y no quiten las piedrecitas de los ojos. Esas eran las culpables del mal.

—¿Está seguro de que desea seis balas de plata?

—Sí. ¡Ojalá se me hubiera ocurrido antes esta solución!

El empleado tomó la pulsera como si estuviese hecha de serpientes vivas y se dirigió hacia el crisol donde se fundía el plomo.

Media hora después, Manuel de Socorro salía de la armería con dos revólveres cargados con balas de plomo y otro cargado con seis balas de plata.

FIN

[1] El 15 de julio de 1849 una pandilla de jóvenes atacó el barrio o campamento chileno de San Francisco, numerosos chinos.

destruyéndolo casi totalmente y matando a gran parte de los inmigrantes. También asesinó a numerosos chinos. A raíz de aquel crimen se formaron las asociaciones de Vigilantes, de que ya se ha hablado en otros números de esta colección. (Véanse La ley delos Vigilantes y La Justicia del "Coyote".)

[2] Por tratarse de acción retrospectiva, se advierte a los lectores que los sucesos que se relatan en esta novela corresponden al período siguiente a la novela titulada Llega "el Coyote" y ligeramente anteriores a La vuelta del "Coyote".